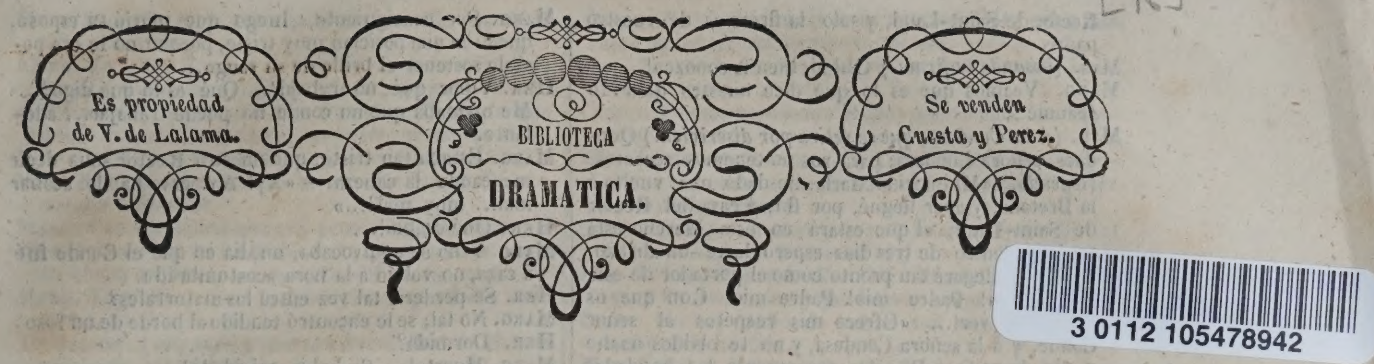


JEANNIC EL INSURGENTE.

Drama en cinco actos y en prosa, arreglado del francés por don V. de L., *para representarse en Madrid, el año de* 1859.

PERSONAGES.

JEANNIC MAUCLERC, *conocido por el Insurjente*
EL CONDE DE SAINT-BREHAT.
LA CONDESA, *su esposa.*
EL CABALLERO DE HORIAC, *periodista.*
FABIAN, *periodista.*
MARIA MAUCLERC.
MARGARITA, *su nodriza.*
HERVÉ, *paisano breton.*
EL RECTOR, *anciano sacerdote.*
CRIADOS.

La escena pasa en Francia; los actos primero y segundo en *Bretaña*, y los restantes en *Paris*.
Año de 1798, bajo el Directorio.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una cabaña. Puertas laterales: la de la derecha dá al cuarto de Margarita; la de la izquierda al de Maria. En el fondo una ventana que dá á el bosque, y próximo á esta, una gran chimenea.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, *sola, hilando: luego* MARIA *y la* CONDESA DE SAINT-BREHAT. *Despues de un momento de silencio entran la Condesa y Maria.— Margarita se sorprende.*

MARG. Sois vos, señora Condesa?... No os habia visto.
CON. No le hace, querida mia.
MAR. Buenos dias, Margarita!
MARG. Buenos dias, señorita Maria! Permitireis que la abrace, señora Condesa?...
CON. Y por qué no?...
MARG. Qué hermosa está!... (*la abraza.*) Oh! viviendo tanto tiempo en el castillo, se olvida facilmente la humilde cabaña...
MAR. Eso no lo direis por mi, Margarita?...
MARG. Oh! no por cierto; os miro siempre como á mi querida Maria, á quien he alimentado con mi sangre, porque una nodriza, como yo lo he sido vuestra, en todos los paises del mundo es considerada como una madre.
CON. (*á dos criados que traen un canasto de provisiones.*) Dejad eso ahi... Ahora, sacad esta mesa mas al medio, y preparadla... Pronto daran las cinco, y á las cinco y media es la cita.
MARG. Señora Condesa, necesitais de mis servicios?...
CON. No; gracias!
MARG. Si no soy indiscreta, podeis decirme qué novedad es esta?
MAR. Que el conde de Saint-Brehat, y los señores de Hòriac y Fabian estan cazando, y deben pasar por este sitio para descansar un poco.
MARG. Ya comprendo!...
CON. Si, querida Margarita, esta es la razon de interrumpiros en vuestros quehaceres, trastornando el buen órden de vuestra casa.
MARG. No digais eso, señora Condesa. Solo siento que no esté aqui mi amo, para tributaros los honores debidos... pero en su efecto, está su hija.
CON. No habeis tenido noticias de Jeannic?
MARG. Aun no; pero creo que no tardaran en recibirse.

ESCENA II.

Los mismos, y HERVÉ, *en trage de campesino.*

HER. (*á un lacayo.*) Perdonad, señor oficial... No es esta la casa de Jeannic el Insurgente?...
MAR. Si. Traeis carta de él?
HER. Es decir, la carta es suya, sin serlo, porque Jeannic maneja muy bien la carabina, pero lo que es la pluma, perdone usted por Dios. Pone su nombre únicamente, y cuando vemos su firma al estremo de cualquier papel, por insignificante que sea, solo preguntamos, dónde necesita nuestra vida para ir á dársela sin detencion?...
MAR. Si, lo sé; sin duda esa carta es para mi, y os ruego me la deis para calmar mi impaciencia.
HER. (*retirando la mano.*) Ah! Perdonad! Sois su hija?... Yo os creia una señorita del castillo. Cómo os llamais?...
MAR. Me llamo Maria.
HER. Pues llamandoos Maria, debeis llevar al cuello una cruz de oro, con una flor de lis á cada estremo, pendiente de un terciopelo negro?
MAR. (*enseñando una cruz que á mas de las flores de lis, tiene cuatro diamantes.*) Miradla! Es de mi madre!...
HER. Esta carta es para vos; esta escrita por el señor

Rector de Saint-Laud, y solo la firma es de vuestro padre.

MAR. (*besando la firma.*) Oh! si, bien la conozco!...

MARG. Veamos que es lo que dice nuestro querido Jeannic...

MAR. (*á la Condesa, que se retira por discrecion.*) Quedaos, señora Condesa; para vos no tenemos secretos. (*leyendo.*) «Mi querida Maria: he dado una vuelta á la Bretaña, y ayer llegué, por fin, á casa del Rector de Saint-Laud, el que estará en esa. Marcho esta tarde, y dentro de tres dias espero darte un abrazo, pero creo llegaré tan pronto como el portador de esta carta.» Ah! Padre mio! Padre mio! Con que os vuelvo á ver!... «Ofrece mis respetos al señor Conde, y á la señora Condesa, y no te olvides noche y dia de pedir á Dios les recompense las bondades que han usado y usan contigo.»

CON. Pobre Jeannic!

MAR. (*continua leyendo.*) «No olvides al portador de esta carta, á quien dirás que espere mi regreso! Ah! Es verdad!... Y yo qte nada le he ofrecido!...

CON. Aguardad, aguardad!.. (*llama á uno de los criados, y este trae en una mesita una botella de vino de Burdeos, y un pollo fiambre.*)

MAR. Ahora os ruego que me escuseis si os dejo un momento.

CON. A dónde vas?...

MAR. Mi padre dice que de un instante á otro vá á llegar, y quiero que me encuentre con el trage de bretona, porque eso le agradará mucho.

CON. Y es solo por tu padre por quien te pones ese trage?

MAR. (*turbada.*) Y por quién quereis que sea?

CON. No es por alguno de nuestros cazadores?...

MAR. Qué idea!... Y creeis eso!

CON. No creo nada, y la prueba es, que voy á ayudarte en tu faena.

MAR. Vos misma?

CON. Acaso es la primera vez? Vamos!

MARG. Me necesitais, señora Condesa?...

CON. No, Margarita; quedaos y haced los honores al mensagero de vuestro amo.

MAR. Adios, amigo mio!... (*vanse las dos mugeres por el fondo hácia el lado del cuarto de Maria.*)

ESCENA III.

MARGARITA, HERVÉ.

HER. Gracias á Dios que se marcharon!

MARG. Estorbo tambien?...

HER. (*sentándose á la mesa.*) Vos, no; sois una labradora como yo... Decidme, en que consiste que Maria, siendo solo hija de Jeannic, simple pescador... esté vestida como una señorita?

MARG. Esa es una historia!...

HER. Qué puede contarse?...

MARG. Sin duda.

HER. Pues bien; ya que no haceis nada... contad mientras yo como, y así no perderemos el tiempo.

MARG. Con mucho gusto. Ya sabeis que el actual Conde de Saint-Brehat, no es un verdadero Conde.

HER. No, nada sé; pero si no es Conde, por qué no le llaman sencillamente, señor?

MARG. Porque esto lo han arreglado con papeles del difunto rey Luis XVI.

HER. Ah!

MARG. Si; existia el verdadero Conde de Saint-Brehat, pero estaba arruinado.

HER. Pobre hombre!..

MARG. Por consiguiente, luego que murió su esposa, quedó en una posicion muy triste, porque no le era posible sostener el brillo de su rango...

HER. Y por qué no trabajó?... Qué es lo que digo?... Me olvidaba que un conde no puede trabajar... adelante.

MARG. Estaba tan triste, que nuestro Rector solia decir meneando la cabeza.— «Ay! Ay! esto ha de acabar mal... muy mal!...»

HER. Qué diablo!...

MARG. Y no se equivocaba; un dia en que el Conde fué á caza, no volvió á la hora acostumbrada.

HER. Se perderia tal vez entre los matorrales?

MARG. No tal; se le encontró tendido al borde de un foso.

HER. Dormido?

MARG. Muerto!... Se habia suicidado!

HER. Quitarse la vida!...

MARG. El señor Rector dijo, que no era á los hombres, y si á Dios, á quien pertenecia juzgarle, y le enterró en sagrado.

HER. Qué buen hombre debe ser el Rector!..

MARG. No quedó en el castillo mas que una jóven huérfana, á quien la Condesa, habia recojido. Cuando los acreedores fueron á apoderarse de la casa del Conde, la pobre muchacha conoció que la era indispensable buscar otro asilo; puso cuanto la pertenecia en un cofre y salió del castillo con idea de retirarse á las Ursulinas de Rennes... pero al salir por las puertas, desfalleció su corazon, y arrodillada regó con sus lágrimas, y besó el suelo de la casa que en otro tiempo le habia dado amparo, y familia.

HER. Vaya! No seais asi! Me vais á enternecer cuando estoy comiendo!

MARG. Pues no me habeis pedido?...

HER. Teneis razon; y qué se ha hecho de esa pobre jóven?...

MARG. Al reanimarse, vió á Jeannic... Jeannic y ella se conocian hacia tiempo, pues todos los dias iba al antiguo castillo, y aun se aseguraba, que los dos se amaban en silencio... «Mirad, señorita, la dijo: yo no soy mas que un pobre pescador, dueño de esta casita, y no tengo mas fortuna que la que me proporciona la casualidad; pero he recibido del cielo un corazon lleno de rectitud y amor por vos... Admitis todo esto, con la lealtad y franqueza con que os lo ofrezco?... Dadme la mano, y seré el mas feliz de los hombres.» La señorita Maria le dió su mano, y quince dias despues los casó el Rector.

HER. Ya! Ya! Ved ahí como la señorita Maria tiene un aire distinguido, y en su trage se demuestra que su educacion ha sido segun el rango de una señorita... Estoy seguro de que Jeannic es muy dichoso!...

MARG. Pues qué, pensais que hay felicidad en el mundo?... Al cabo de algunos años de casamiento, la esposa de Jeannic empezó á perder la salud, y tuvo una enfermedad, que le duró diez y ocho meses, muriendo al fin en tan buena opinion, que el señor Rector, en vez de implorar por su alma, segun costumbre, rogaba y pedia su proteccion para todo el pueblo...

HER. Qué desgracia para el pobre Jeannic, y para la señorita Maria!...

MARG. Esto aconteció en noventa y tres, y la guerra acababa de declararse... Por una feliz casualidad fue vendido el castillo al padre del actual poseedor, y con los papeles que ya os indiqué, se arregló que en lugar de llamarle solo el señor Duval, se llamase en adelante el señor Duval de Saint-Brehat; desde entonces emigró y se tiene por noble. Jeannic, por su parte, sentó plaza bajo las órdenes de los insurjentes.

HER. Y que fue de la señorita Maria durante ese tiempo?...

MARG. La nueva Condesa de Saint-Brehat, la llevó á su castillo, donde la dió igual educacion que á su hija Clementina, que murió hace tres años; de suerte que desde entonces la Condesa, no puede separarse ni un instante de la señorita Maria, á quien llama su hija.

HER. Bien merece todo eso la señorita Maria! Cuánto envidio á Martin!

MARG. Con que sabeis que está prometida á Martin?

HER. Jeannic me lo ha dicho todo, y que piensa que á su vuelta de Terranova se realice el casamiento.

MARG. Vaya! Si no tiene la señorita mas que diez y siete años!

UN CRIADO. (*entrando y acercándose á Hervé.*) Habeis concluido, caballero?

HER. Yo?... Cuando gusteis!.. Si, si, ya he concluido.

CRIADO. Estan muy cerca los señores Conde de Saint-Brehat, y de Horiac.

HER. Si, ya entiendo... Quitadlo todo!.. Ahora, Margarita, quisiera echar un sueño; dónde está el Pajar?..

MARG. Ahi á la vuelta; sobre la izquierda; acaban de encerrar paja y estareis como un príncipe.

HER. Bravo; si me necesitan, ya sabeis que estoy alli... Será menester que me muevan un poco, pues voy á dormir como un liron! No seria malo esperar á ver á la señorita Maria con su trage de aldeana!

MARG. Bien, mañana la vereis.

HER. Estará aun aqui mañana?...

MARG. Si.

HER. Entonces, que Dios os guarde; buenas noches!

MARG. Buenas noches!... (*al tiempo que va á salir, se abre la puerta y entran el Conde de Saint-Brehat y de Horiac; Hervé se aparta para darles paso, y cuando han entrado, sale.*)

ESCENA IV.

EL CONDE DE SAINT-BREHAT, DE HORIAC *y* MARGARITA.

CONDE. Cómo tan sola, Margarita?..

MARG. La señora Condesa está en la habitacion inmediata, con la señorita Maria, á quien viste de aldeana, para recibir á su padre, que llegará hoy.

CONDE. Vá á llegar Jeannic?...

HOR. Es ese el gefe de los Insurgentes de quien me hablasteis?...

CONDE. El mismo.

MARG. Si gustais, señor Conde, llamaré á las señoras!

CONDE. No, gracias; prevenidlas solamente que estamos aqui, y que nos hemos sentado á la mesa... Nos escusarán... porque, ya se sabe, el hambre siempre acompaña á los cazadores... A próposito, no habeis visto á Fabian?

MARG. No, señor Conde.

CONDE. Se nos ha estraviado en la caza, y estaba casi seguro de hallarle aqui.

MARG. Nadie ha venido.

CONDE. Muy bien: adios! (*vase Margarita; el Conde se dirige á uno de los criados.*) Laflor?

CRIADO. Señor Conde!

CONDE. Vé hácia el molino nuevo, y busca á mi perro Soliman.

HOR. Soliman está en su cabaña echado; pues aunque se entusiasmó con el tiro que disparasteis, le ví dar media vuelta á la izquierda, y dirijirse al castillo. Sois muy vivo, señor Conde!

CONDE. Pero... qué diablo! tambien el perro enfadarse tan pronto!

HOR. Si; sobre todo, cuando su amo está de tan mal humor!... El momento no es muy oportuno...

CONDE. No sé que mania es la vuestra! Hace ocho dias que me estais repitiendo lo mismo.

HOR. Porque hace ocho dias que teneis un humor insufrible!

CONDE. Y cómo no, viendo el giro que toman los negocios?...

HOR. (*destrozando un pastel.*) Teneis razon! Los negocios se presentan mal, para los que no pueden meter la mano en ellos.

CONDE. Os figurais acaso, que el ínterés personales el que me mueve á decir esto?. .

HOR. El interés personal!.. Oh! disparate!... En una época de abnegacion y patriotismo como la presente...

CONDE. No hay medio de hablar con vos de política; siempre os burlais...

HOR. Yo! Qué delirio!.. Quereis hacerme pasar por escéptico, cuando si algun defecto tengo, es el ser demasiado crédulo?

CONDE. Y quereis hacerme creer, que hablais con formalidad?..

HOR. Con mas formalidad es imposible; y si me obligais á descender de la altura de mis ilusiones; iré, tal vez, mas lejos de lo que deseais. Entonces en lugar de creerlo todo, no creeria en nada, y dudaria tanto de vuestras convicciones, y de vuestra abnegacion, como de la de los demás.

CONDE. Ya! Pero yo soy otra cosa! Mi abnegacion es patente, y visible mi desinteres!.. Quién podria atacar una conducta tan pura como la mia!..

HOR. En nuestros tiempos, querido conde, se ataca todo... La virtud, como la fortaleza, porqne el arte de la corrupcion y de la estratégia, ha llegado á tal estremo, que un gran general puede profetizar un dia antes, el momento en que la ciudad mejor defendida puede tomarse; y un gran político puede decir con puntualidad, la hora en que se rendirá la virtud mas fuerte! Qué quereis? Esta desgraciada ciencia del bien y del mal, nos arrastra hasta ese punto, y siempre tratamos de ver el que mejor la estudia, desde el dia en que Adan fue echado del Paraiso!

CONDE. De manera, que segun vos, no existen ni abnegacion, ni afectos?

HOR. Si tal; existen, mientras existen, porque como sabeis, Conde, las cosas de este mundo son perecederas; el alma tiene enfermedades como el cuerpo: las de este son la hidropesia, la tisis, y otros varias... las del alma, la ambicion, el orgullo, el deseo de altos puestos; escelentes enfermedades, que producen un efecto contrario á las del cuerpo; aquellas hacen morir, y estas prolongan la vida! Padeced, Conde, de estas enfermedades, que con vuestro rango, vuestra fortuna, y vuestro caracter, sois á propósito para padecerlas.

CONDE. No apoyándome mas que en lo pasado, cómo puedo ocuparme del porvenir?

HOR. Lo pasado y el porvenir, señor Conde, han sido siempre enemigos irreconciliables... Dejemos perderse lo pasado, que es un cadáver, y volvámonos hacia el porvenir, que es un Dios!.. Escuchad; si yo me llamase el Conde de Saint-Brehat... si tuviese vuestras cinco mil libras de renta... si pudiese poner en movimiento, como vos, á una sola palabra, cinco departamentos de la Francia, antes de un año tendria una cartera ó una embajada!.. Y en París, en Lóndres, en Madrid, en san Petersburgo, ó en Viena, un magnífico salon, donde cada cual se disputase el honor de acercarse á mi muger, para decirla que era la mas hermosa del mundo... y á mi, que era el primer génio del universo!..

CONDE. Y qué seria preciso hacer para conseguirlo?

HOR. Nada! Ya os lo he dicho. Hay tantos personages asi!

CONDE. Ya volveis á las andadas con vuestro periódico...

HOR. Oidme, Conde... No sabeis la historia de Cristóbal Colon?.. Todos los reyes de la tierra le tacharon, uno despues de otro, de visionario... Isabel sola le dió un navio, y él, en cambio, la entregó un mundo!..

CONDE. Por mas que me digais, no puedo persuadirme que una hoja de papel, pueda tener tanta influencia sobre un pueblo.

HOR. Volved la vista atrás. Marat, no sublevaba á París con su *Amigo del pueblo*?.. Camilo Desmoulins, no hacia temblar a los montañeses con su *Vieux Cordelier*?..

CONDE. Si, pero cuál ha sido el resultado que los dos han conseguido?.. Marat una puñalada... Camilo Desmoulins, la guillotina!..

HOR. Pero no estamos en el noventa y cuatro, querido Conde; estamos en noventa y ocho; no atravesamos un período de accion, sino uno de reaccion; no tenemos la desgracia de vivir bajo una feroz Convencion, sino bajo un buen Directorio... Qué diablo!.. Vos conoceis á Barrás... él no corta la cabeza á sus enemigos, como el fiera de Robespierre... los acaricia, los compra, como hombre de talento!

CONDE. De modo, que vos tambien os venderiais!..

HOR. Venderme yo!.. Callad!.. yo haria... un trato...

CONDE. Esa palabra significa lo mismo.

HOR. No habeis visto nunca á enemigos antiguos, hacer las paces, y aliarse para combatir á un nuevo enemigo?.. La historia está llena de estos ejemplos.

CONDE. Pero si la especulacion es tan infalible como decis, por qué la acometen tan pocos?..

HOR. La prensa ha nacido ayer! Es una palanca, pero una palanca, que en mano de los ignorantes, no sirve mas que para satisfacer sus propias pasiones y venganzas... Pero os aseguro, Conde, que los primeros que sepan sembrar sobre esta tierra virgen, aun lograrán una buena cosecha.

CONDE. Hablais con tal conviccion, á fé mia, que casi me persuadis...

HOR. Oh! Si, ya estais convencido; ved un ejemplo en Fabian, el primo de vuestra esposa, que ha venido hace un mes al castillo; con su diario, *la Nacion*, hace temblar á nuestros cinco reyes de Francia, en su palacio de Luxembourg...

CONDE. Por qué no lo compran?..

HOR. Bá! bá!.. porque hasta ahora no quiere venderse.

CONDE. Entonces existe la abnegacion? Os he cojido, de Horiac.

HOR. No, no me habeis cojido... No quiere venderse, porque no le ofrecen bastante... Tiene ambicion, y si quereis que os diga la verdad, en el fondo no se le debe temer mucho á Fabian; es hombre que habla sobre teorias, y descuida las personalidades... La personalidad, Conde, es la espuela... la espuela que hace correr, huir, y saltar al caballo, lo mismo que al potro mas indócil, poniéndolo mas suave que un cordero. Dejad á un lado la vida politica; todo hombre de partido lleva sobre su conciencia pública, una coraza que ni la espada de Rolando traspasaria; pero espolead la vida privada, Conde; picad de firme en lo mas oculto y sensible de los secretos... entonces cada golpe penetrará hasta el corazon... y despues, una lucha mas ó menos larga... sin aliento, desgarrado, y herido... vendrá el adversario á entregarse á vos, atado de pies y de manos, y podeis ponerle el pie, y ahogar al que visteis dominando, á una gran distancia, sobre vuestra cabeza!..

CONDE. Y por qué no habeis hecho por vos mismo, lo que me proponeis ahora?

HOR. Acaso tengo lo necesario?.. Poseo la posicion, nombre y fortuna consiguiente? No tengo mas que el talento... Cabalmente lo necesario para morirme de hambre, vueltos los ojos hacia el porvenir... La proposicion que acabo de haceros, ha sido oida antes por muchos, que la han comprendido... tanto como vos.

CONDE. No; yo no rehuso enteramente esta idea; pero justamente porque tengo posicion, nombre y fortuna, no puedo hacerme director hostensible de un periódico.

HOR. Nada de eso; sois el patron desinteresado... Vuestro nombre, como principal fundador, le dá, aun antes de haber salido, el esmalte realista que debe tener... Yo me encargo de ser el redactor en gefe; no hay mas nombre que el mio. A mi es á quien se propone; yo os trasmito las proposiciones y ahi está todo... Me decis, si ó no, y entramos en el trato... Vos no necesitais dinero, yo lo tomo, porque me hace muy buena falta; para vos los altos puestos, embajadas y cruces!.. Cruces!.. De estas no faltarán.

CONDE. Pero ademas de nosotros, se necesita una tercera persona de bastante importancia... El editor!

HOR. Teneis razon... y es lo mas dificil; pronto se encontrarán mas de los que se quieran, y con grande rebaja. Es menester, para un periódico como el que queremos plantear, un hombre que deje pasar todo, sin ver nada; que firme sin leer; en una palabra, un brazo sin cabeza ni corazon... un ser muy corrompido, ó muy hombre de bien...

CONDE. Cuál de estos dos convendria mas?

HOR. El hombre de bien, sin crédito, nos dará mucho trabajo, pero inspiraria mas confianza.

CONDE. Pues bien, tal vez esté en mi mano este negocio.

HOR. De veras!

CONDE. Fabian!.. Silencio delante de él; mas tarde hablaremos.

ESCENA V.

Los mismos, y FABIAN.

CONDE. Por fin os veo, querido Fabian! Qué os ha sucedido?.. Qué significa esa mudanza de trage!

FAB. Significa, señor Conde, que al instante me pongo en marcha para París, pues cuando os perdi en el bosquecillo de Saint-Brehat, encontré uno de vuestros criados que me entregó una carta muy urgente. Ahora vengo á despedirme de vosotros... pero y las señoras?..

HOR. Ahi están; Maria se está, como vos, mudando de trage.

CONDE. Espero que esa carta no contendrá ninguna mala nueva, mi querido Fabian?

FAB. No, pero un retraso, por pequeño que fuese, podria traer consecuencias poco gratas... Ya sabeis que no tengo mas que la mitad del periódico; se aprovechan de mi ausencia para comprársela á mi consocio... y tales ofertas le hacen, que como yo le conozco desde que estamos reunidos, no cuento sobre su conciencia... y temo que en este momento, esté ocupado en traficar con su honor, y con el mio.

HOR. Diablo! Ya entiendo! Quereis hallaros alli, para tomar vuestra parte?

FAB. Quiero estar alli, caballero, para decir á esos hombres, que no hay oro, puestos, ni titulos, que puedan comprar la pluma de un hombre honrado!

CONDE. Con que son millones los que os ofrecen?

FAB. Me ofrecen mucho mas de lo que el periódico vale... Pero sea el precio que quiera el que me hayan ofrecido, me ofrezcan, y me puedan ofrecer... no llegará nunca al precio en que se estima un hombre independiente.
CONDE. (*ap á de Horiac.*) Estás convencido ahora?..
HOR. (*bajo idem.*) Conversacion, y nada mas!
CONDE. (*alto*) Con que nos dejais, Fabian?
FAB. Os dejo, señor Conde, dandoos mil gracias, por la buena, franca y leal hospitalidad que os he merecido, á pesar de las distintas opiniones que nos dividen.
HOR. Anda con Dios, nuevo reformador de nuestros abusos sociales!.. Andad, noble defensor de los derechos del hombre!.. Andad, el severo, intachable é incorruptible... y cuando hayais establecido la república de Licurgo ó de Platon, mandadnos una esquelita por el correo, anunciándonos cual es el puesto que habeis reservado al señor Conde, y á mi... en vuestra nueva Lacedemonia, ó en vuestra futura Atenas.

ESCENA VI.

Los mismos, la CONDESA *y* MARIA, *que han entrado cuando de Horiac hablaba.*

CON. Cómo! os vais á París?.!
MAR. Nos dejais, Fabian?..
FAB. No sin gran dolor, señoras.
MAR. Cuánto lo siento!
CON. Algun negocio indispensable!..
FAB. Indispensable, y de tanta premura, que os ruego intercedais con el conde para que me preste una de sus sillas de posta.
CONDE. Sin detencion! Hay dos ó tres en la cochera, tomad la que os agrade.
FAB. Prima, escusadme si me despido aqui mismo de vos...
CON. Os acompañaremos hasta el castillo. Estos señores han concluido de merendar, y es muy tarde para que continuen su caceria.
CONDE. Es verdad; ya casi ha anochecido.
CON. Tú te quedas aqui, Maria?
MAR. Si, señora Condesa!
CON. Pero mañana por la mañana te volveré á ver?
MAR. Sin falta!
FAB. Os quedais, señorita?
MAR. Espero á mi padre!
CONDE. Dad el brazo á vuestra prima... Este caballero y yo, os seguiremos. (*á Maria.*) Si Jeannic llega esta noche, no os olvideis de decirle, que vaya mañana á verme...
MAR. Es un deber, y lo cumplirá al momento. (*el Conde y de Horiac toman sus escopetas, y siguen á la Condesa y á Fabian, durante estas dos escenas, los criados han quitado la mesa.*)

ESCENA VII.

MARGARITA *y* MARIA.

MAR. (*viendo arreglar la rueca á Margarita.*) Qué es eso, Margarita, qué haceis?...
MARG. Preparar mi rueca, para acompañaros.
MAR. No, mi buena madre; no os molesteis; vos os acostais temprano, y yo acostumbro á velar; ademas, mi padre tal vez no llegue hasta mañana por la mañana... mientras leeré, y si dentro de tres horas no ha llegado, me retiro yo tambien.
MARG. No tendreis miedo?...
MAR. De qué?
MARG. Entonces, buenas noches!...
MAR. Buenas noches, Margarita!... (*Margarita sale por la puerta del fondo, con una lamparilla en la mano.*) Dios mio!... Por qué estaré tan triste cuando mi padre llega?... Ah! es que Fabian me deja... (*se vuelve y ve entrar á Fabian.*)

ESCENA VIII.

MARIA, FABIAN.

FAB. Aqui me teneis.
MAR. Dios mio!...
FAB. Os asusto, Maria?...
MAR. No, no... Fabian... soy muy dichosa en volveros á ver!
FAB. Entonces, como no contestasteis ni una sola palabra al despedirme de vos?...
MAR. Porque crei que me abandonaban las fuerzas!
FAB. Seré tan dichoso, que mi separacion os cause la mitad del dolor que yo esperimento?... Maria, me amais?
MAR. Esta mañana, Fabian, no me lo preguntaba á mi misma, y era dichosa, viendoos... Esta tarde, lo creo... y mañana, cuando os hayais marchado, temo estar segura de ello.
FAB. Entonces, Maria, si me amais, me quedo... vuestro padre debe llegar esta noche, ó mañana segun decis... os voy á pedir, porque mis sentimientos son puros, y os quiero para que seais mi esposa.
MAR. Guardaos bien! No le conoceis!...
FAB. Si, si... he oido hablar de él; sé que en medio de su rudeza, tiene un corazon grande... Comprenderá nuestro amor, y no labrará vuestra desgracia!...
MAR. Callaos! Callaos!... No os imagineis tales sueños!.. Mi padre es lo que decis, si... pero mi padre es un breton que no cree mas que en Dios, y en su rey... Nada entiendo de política, pero mi padre hace cinco años que se bate contra los de vuestro partido... Sea cual fuese el nombre, ó el pretesto bajo el cual os presenteis, siempre sereis su enemigo... pero su enemigo mortal... Porque he oido al señor Conde, y á ese otro caballero, llamaros republicano... y figuraos si mi padre... si Jeannic el Insurgente, daria su hija á un republicano!...
FAB. Hoy en dia, los partidos y los odios mortales se han calmado... No, no... Maria! Estoy seguro de que si el conde tubiera una hija, me la daria sin recelo.
MAR. Si, porque sois cortesanos, y en la sociedad habeis dulcificado vuestro caracter; pero mi padre es un pescador, habitante de estas selvas, que nunca ha abandonado, y de estas playas salvages que nunca perderá de vista.
FAB. Si no es otro el obstáculo que su rudeza y costumbres salvages, tranquilizaos; yo le inclinaré.
MAR. Ademas, Fabian, existe una palabra, un juramento... Soy la prometida de otro!
FAB. Qué me decis!... Y quién es ese otro?
MAR. Un hombre que le ha salvado la vida!
FAB. Y habeis podido consentir?...
MAR. Era una niña; no os habia visto, ni amado á nadie... mi padre me dijo: «has contraido una deuda sagrada,» y yo... qué habia de hacer?..
FAB. Vos, Maria!... muger de otro!... Imposible!... Imposible!...
MAR. A menos que Martin no falte á su palabra!...
FAB. Quién es ese hombre?
MAR. Ese hombre se hallaba al lado de mi padre, en la batalla de Luzon, cuando recibió un balazo, y lo recogió, poniéndolo sobre sus espaldas; solo, y por caminos estraviados, lo condujo hasta la casa de su

madre, en donde fue depositado ocultamente, y cuidado con grande esmero. Un año há, que á su regreso, trajo mi padre á su salvador; me vió, y le dijo que el hombre que fuera mi esposo, seria feliz... Entonces mi padre tomó mi mano y la puso en la de Martin diciéndole, «el hombre dichoso serás tú, si no renuncias á ella.» Desde este momento soy su prometida.

FAB. Y dónde esta ese hombre?...

MAR. Marchó hace tres meses, en fines de Junio, y para Diciembre ya estará de vuelta de su caza.

FAB. Es menester anular este casamiento.

MAR. Y cómo!

FAB. Maria, me amais?... Respondedme.

MAR. Y lo preguntais! Cielos!

FAB. Pues bien, Maria, es menester seguirme!.. Tengo una madre, una hermana; os llevaré á su lado, mientras que la condesa consigue de vuestro padre...

MAR. Jamás! Jamás!

FAB. Maria, quereis que yo muera? En el camino de Reins, á cien pasos de aqui, una silla de posta nos aguarda... Juro respetaros como á una hermana, como á una cosa sagrada!..

MAR. Dios mio!.. Volvedle la razon, siento perturbarse la mia.

FAB. Vos no tendreis la culpa... Cuando llegue vuestro padre me arrojaré á sus pies, y le diré... «A mi es á quien hay que castigar; solo á mi hay que matar, porque la cogi en mis brazos y la robé... (*la coge en sus brazos.*)

MAR. (*besando la cruz de su madre.*) Madre mia! Madre mia! Velad por mi! (*se oye llamar á la puerta.*)

FAB. (*la suelta.*) Alguien viene.

MAR. Quién es?..

JEAN. (*por fuera.*) Yo! Jeannic...

MAR. Mi padre!.. Huid en nombre del cielo!

JEAN. Abrid pronto, Maria!

FAB. Yo huir!.. No... le hablaré.

MAR. Me mataria!.. Yo os amo... y os amaré siempre... (*abre una ventana.*) pero marchaos!

FAB. No sereis mas que mia!

MAR. Vuestra ó de Dios!

FAB. Es un juramento sagrado... no lo olvideis! (*sale por la ventana.*)

MAR. Lo juro sobre la cruz de mi madre!

JEAN. (*llamando.*) Maria! Maria! (*Maria abre la puerta y entra Jeannic en trage de Breton, con su carabina y bandolera, y un pañuelo atado en el sombrero.*)

MAR. Aqui estoy!

JEAN. (*arrojándose en sus brazos.*) Hija mia!!

MAR. Padre mio!.. (*dejándose caer á sus pies.*) Mi salvador! Bendecidme!..

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del acto anterior: la carabina de Jeannic sobre la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, *la* CONDESA.

MAR. (*á la Condesa que entra.*) Tan temprano, señora Condesa!.. Ha sucedido algo en el castillo?..

CON. No, hija mia. En dónde está tu padre?

MAR. Ha ido á hacer, como de costumbre, su primera visita al cementerio.

CON. Maria, tengo que hablarte seriamente.

MAR. A mi?.. Ya os escucho.

CON. Anoche he visto á Fabian, y todo me lo ha revelado.

MAR. (*ocultando el rostro entre los brazos de la Condesa.*) Ah!

CON. Me ha dicho que os amais, y que quiere que seas su esposa... Tiene un corazon muy noble, y le amo tanto como á ti.

MAR. Pero ya sabeis que no puedo ser suya.

CON. Sé que eres la prometida de otro; pero entre la educacion de este y la tuya, hay la distancia necesaria para que seais desgraciados.

MAR. Es verdad; este casamiento es irrealizable, y además, he prometido á Fabian que seré suya, ó de Dios.

CON. Tú no has nacido para la soledad del campo, ni para la austeridad del claustro.

MAR. Y qué haremos?

CON. Está tu padre muy amable contigo?

MAR. Mas que nunca.

CON. Nada sospecha?

MAR. Nada.

CON. Piensa siempre en política con la misma rijidez de conciencia?

MAR. Mas que nunca. Jamás consentirá en que sea la esposa de un republicano!

CON. Quién sabe si viendo á Fabian se arreglaria todo?..

MAR. Va á volver Fabian?

CON. No; un asunto de honor reclama, con premura, su presencia en París.

MAR. Y no hay esperanza?

CON. Creo que si. Por ciertas conversaciones de mi esposo y de Horiac, creo que se trata de asociar á tu padre á una empresa, y en este caso, iremos todos á París.

MAR. No, mi padre nunca dejará la Bretaña.

CON. Por qué no?

MAR. Trasplantarán acaso las encinas de nuestros bosques, ó arrancarán las rocas de nuestras montañas?... Creedlo, señora condesa; mi padre no abandonará la Bretaña.

CON. Pues no hay otro medio de haceros felices. Silencio! Aqui está tu padre.

ESCENA II.

Los mismos y JEANNIC; *así que entra este, su hija, va hácia él y le toma de la mano.*

JEAN. Os ruego me disimuleis, señora Condesa, si antes no me he presentado en el castillo; á las nueve, cuando sali á hacer mi visita diaria, crei que no estariais visible.

CON. No; hace dias que mi salud exige que me levante temprano, y hoy mi primera visita ha sido venir á saludaros. Sois muy feliz con ver á vuestra hija?

JEAN. Oh! mucho... sin embargo de que la encuentro pálida y triste...

MAR. Eso no es nada, padre mio.

JEAN. Eso no es nada?.. Lo mismo me decia tu pobre madre... no es nada!.. Y me sonreia como tú ahora.

CON. Creeis que á los diez y seis años no hay penas para una jóven, y penas que no pueden confiarse á un padre?

JEAN. Maria! Un secreto para mi!

CON. No os asusteis... yo os revelaré todo el misterio.

JEAN. Ahora?

CON. No; ahora me vuelvo al castillo, pero hablaremos muy luego.

JEAN. Quereis que os acompañe? Asi cumpliré mi deber cerca del señor Conde.

CON. Gracias!.. El Conde viene aqui.

JEAN. Venir él primero!

CON. Tiene que hablaros de asuntos secretos, y prefiere la choza de un pescador á su palacio.

JEAN. Estoy á las órdenes del señor Conde.

CON. Adios, hija mia; ten buenas esperanzas.

MAR. Ah! buenas esperanzas!..

CON. Adios, Jeannic.

JEAN. Adios, señora condesa.

ESCENA III.

JEANNIC, MARIA.

MAR. Padre!

JEAN. Ven acá, hija mia; quiero darte una reprension.

MAR. A mi, padre mio?..

JEAN. Desde cuándo tiene mi hija secretos que confiar á los estraños antes que á mi?

MAR. Ningun secreto tengo, ni á nadie he confiado nada.

JEAN. Y sin embargo, á mi llegada, en lugar de echarte en mis brazos, te echaste á mis pies, como si yo tubiera algo que perdonarte.

MAR. Me contemplaba muy feliz viéndoos de nuevo, y os pedia la bendicion.

JEAN. Maria, no me cabe duda de que me ocultas algo.

MAR. Padre mio! Padre mio!

JEAN. Vamos, habla!

MAR. (*reflexionando un instante.*) No, no... nunca podré...

JEAN. Maria... tú lloras!..

MAR. (*finge una sonrisa.*) Yo? No señor... no lloro, mirad.

JEAN. (*hace un movimiento de impaciencia.*) Qué imprudencia!

MAR. (*con viveza.*) Es el conde!.. Tendreis qne hablar de asuntos importantes, y os dejo.

JEAN. Si, pero en marchándose continuaremos nuestra conversacion. (*sale Maria y entra en su cuarto.*)

ESCENA IV.

JEANNIC, *el* CONDE, DE HORIAC.

JEAN. Escusadme, señor conde, si he dado lugar á que seais vos mismo quien os anuncie en esta humilde cabaña.., Iba á dirigirme al castillo, mas la señora condesa me lo impidió, asegurándome que os disponiais á venirme á ver.

HOR. (*bajo al Conde.*) Es este nuestro hombre?..

CONDE. (*en voz baja.*) El mismo. (*alto.*) Caballero, esta modesta cabaña que veis, es de Jeannic, el hombre de mayor influencia en Bretaña; mientras que su carabina descansa sobre esa chimenea, ni un solo tiro oireis de Nantes á Lorient; pero apenas se escape de ella el menor sonido, vereis ardiendo tres provincias enteras.

JEAN. Señor Conde, exagerais por demás el poder de un pobre aldeano, que dista mucho de la altura en que lo colocais...

CONDE. No temais nada, Jeannic, el señor es de los nuestros.

JEAN. Interpretais mi intencion, señor conde: si yo me espreso asi, no es por miedo, sino porque deseo que la verdad ocupe su puesto.

CONDE. Me negareis, que con solo una vuelta por Bretaña, la habeis pacificado?..

HOR. Sacrificio os habrá costado, pues con vuestro amor á nuestros principios, os seria mas grata la guerra que la paz.

JEAN. Si; cuando la guerra puede ser útil á la causa que defiendo, y cuando no se derrama la sangre de tres provincias, para el provecho de ambiciones particulares; pero por el bien general, siempre estoy dispuesto á la guerra, y si hoy viese los mismos aparatos que en noventa y tres, me arrojaria á la pelea con igual valor y constancia que lo hice entonces, dejando á Dios el cuidado de juzgar á mis adversarios, y á mí mismo. En estas cosas solo hay de triste y amargo, el tener que recurrir al estrangero, como ya se hizo... porque Dios nos libre del estrangero!.. En cuanto á mi, si un estrangero pusiera los pies en el suelo de Francia, veriais en el instante esta carabina partida en dos pedazos y arrojándola al mar, iria á los republicanos á ofrecerles mis servicios; ahora es cuando conocemos á los ingleses! Ellos hacen las revoluciones en su provecho!

HOR. Luego creeis que ya nada hay que hacer en la Vandé, ni en Bretaña?

JEAN. Nada...

CONDE. Pienso lo mismo, y en igual sentido he escrito á Coblent... pero mi querido Jeannic, ignorais que hay mil medios con que servir á su pais?..

JEAN. Lo sé, señor Conde.

CONDE. Y un hombre decidido como vos á la causa de nuestros príncipes... porque vuestra decision y afecto no habrán sufrido la menor alteracion?..

JEAN. Cuando he dado una vez mi brazo, mi corazon y mi vida, jamás los retiro...

CONDE. Pues bien, un hombre como vos puede prestar aun algunos servicios á la causa que ha abrazado...

JEAN. Teneis algun gefe que se nos ponga al frente, que dirija á nuestros montañeses?

CONDE. No, decis bien; seria imposible, impracticable, un nuevo alzamiento en las actuales circunstancias. Nosotros lo que queremos es, plantear un periódico que defienda los derechos de la monarquia, y de la legitimidad..

JEAN. Un periódico?..

HOR. Si, un periódico!..

JEAN. En efecto, he oido decir, que mientras nosotros nos batiamos con la carabina, habia quien hacia otro tanto con la pluma.

HOR. Y la pluma, mi querido Jeannic, hace una herida mas profunda que la bala mejor dirigida! El eco de vuestras carabinas apenas se siente á media legua de distancia... El eco de una idea bien emitida, de un principio bien espresado, resuena por todo el orbe, y llegará un dia, Jeannic, en que este ruido que despreciais, apague el destemplado de los cañones.

JEAN. No viviré tanto para verlo; en fin, en que puede seros útil un pobre aldeano, que no sabe leer ni escribir, y que apenas sabe poner su nombre?

CONDE. En qué podeis servirnos, decis? Podeis consolidar nuestro proyecto con vuestro consentimiento, ó trastornarlo rehusando. Tres cosas se necesitan para establecer un periódico; dinero, yo le tengo; talento, este caballero le posee; decision, á vos es á quien toca, mi querido Jeannic. Yo pago, el señor escribe, y vos firmais; á vos corresponde lo mas comprometido, y os lo hemos reservado, porque sois valiente, y tendreis que arrostrar desafios, cárceles, y... en una reaccion, el cadalso tal vez!

JEAN. Gracias, señor conde, por tan brillante idea; gracias por haber pensado que mi alma nunca varia con el tiempo; pero á cada uno le agrada el puesto en que Dios le ha colocado. Yo, señor Conde, he nacido para los lugares salvages, para las selvas solitarias, y no para el bullicio, el tumulto y la intriga de las ciudades. Si desde aqui puedo complaceros y arriesgar mi vida y mi libertad, corriente, os recomendaré á mi hi-

ja, y todo está dicho. Pero si no puede ser de esta manera... dispensadme... Yo ir á París!.. París!.. Oh! me ahogaria en menos de una semana! Cambiar mi aire ligero y vivificante de la Bretaña, por el cenagoso y epidémico de vuestra capital? Abandonar mis selvas de robles, donde conozco cada grito, cada murmullo!.. Abandonar esa mar salvage y cariñosa á la vez, que cuando niño ha lábado mis pies, y cuando viejo me arrullará con sus mugidos?.. Abandonar mis costumbres, mis trajes; la iglesia donde me bautizaron, la cabaña donde murieron mis parientes, el cementerio donde yace mi muger, mi pobre Maria!.. Oh! no, señor Conde... Vos no querreis mi muerte, y me matariais con semejante mudanza.

Conde. Exagerais demasiado vuestro tormento.

Jean. No sois de este pais! Habeis venido á él, como muchos, para viajar; mas para mi no hay otro universo que la Bretaña.

Hor. Vuestra ausencia será, por poco tiempo; dentro de dos años, ó tal vez de uno, volvereis á vuestras selvas, para cuyo viaje os levantaremos un puente de oro.

Jean. Qué quereis decir con eso?.. No comprendo...

Hor. Quiero decir, que durante esos dos años, adquiriremos una inmensa fortuna.

Jean. Os agradezco que me hayais librado de un remordimiento! Cuando el señor Conde me habló del peligro de la empresa, le respondi avergonzado, que lo rehusaba, porque me crei débil!.. Cuando vos me hablais de dinero, os respondo con orgullo, que me siento tan fuerte... que lo desprecio.

Conde. Escusadle, Jeannic; ha creido que hablaba con uno de esos hombres que se encuentran á cada paso. Con que rehusais?..

Jean. Perdonad, pero lo que me exigis es imposible.

Hor. Dejadlo, señor Conde; cuántos habrá que aceptarán un partido donde se ofrece oro?

Conde. Si mudais de parecer, dentro de dos ó tres dias os daremos la plaza con preferencia.

Jean. Gracias, señor Conde!.. Pero esa bondad será inútil para mi!

Conde. Dentro de tres dias, marchamos á Paris.

Jean. Que Dios os guie, señor Conde.

Hor. (*al Conde al salir.*) Yo, lo encerraria por loco!

Conde. (*id.*) Vuestro puente de oro lo ha echado todo á perder.

ESCENA V.

Jeannic, *despues* Herbé *y* Maria.

Jean. (*despues de un instante de silencio.*) No... no podia aceptar.

Her. (*entrando por la ventana y apoyándose en el borde.*) Buenos dias!

Jean. Eres tú! Perdona si antes no me he ocupado de ti.

Her. Pues qué, necesito que nadie se ocupe de mi?.. He comido como un obispo, y he dormido doce horas seguidas.

Jean. Entonces, podrás marchar á Saint-Laud con el rector?

Her. Al momento.

Jean. (*llamando.*) Maria!

Mar. (*abriendo la puerta.*) Qué quereis?

Jean. Vas á escribirme una carta.

Mar. Voy al instante.

Jean. La darás al señor rector de Saint-Laud.

Her. Como no se me rompan las piernas, estais servido.

Mar. Cuando gusteis.

Jean. Escribe: «Señor rector: esta mañana ha venido el conde de Saint-Brehat á proponerme un asunto que no he entendido, pero por lo que he podido traslucir, es que se trata de plantear un periódico en defensa de la justa causa; querian llevarme á Paris, pero he creido ser más útil á nuestros príncipes aguardando sus órdenes, y rehusando esta proposicion.

Mar. Ah!

Jean. Qué tienes, Maria?

Mar. Nada!.. Un desvanecimiento.

Jean. Estás mala?

Mar. No; continuad.

Jean. La despedida y nada mas.

Mar. Quereis firmar?

Jean. Si, trae. (*firma.*)

Mar. (*ap. y alejándose.*) Se ha perdido toda esperanza.

Jean. Ya sabes el contenido si se pierde.

Her. Palabra por palabra se lo repetiré.

Jean. Necesitas algo mas?

Her. Nada; he almorzado.

Jean. Anda con Dios!

Her. Que haya salud... Con Dios, señorita Maria..... Calla! No está aqui!..

Jean. Como está indispuesta, se habrá retirado á su cuarto.

Her. Pues dejadla dormir, que le hará mucho provecho. (*sale.*)

ESCENA VI.

Jeannic, *solo*.

Qué tendrá mi hija? Si se lo pregunto á Margarita, no querrá decírmelo... Tal vez el señor rector, que viene á casa todos los dias, lo sabrá... Si, si, voy á verlo, interin Maria descansa. (*sale.*)

ESCENA VII.

Maria, *despues* Margarita.

Mar. Ha ido en casa del rector... tengo el tiempo necesario. (*se sienta y escribe; momento de silencio; Maria cierra la carta, y se dirige á la puerta de su cuarto.*) Margarita!

Marg. (*saliendo.*) Qué quereis?

Mar. Vas á hacerme un favor.

Marg. Mandadme.

Mar. Quiero que lleves esta carta á la señora Condesa.

Marg. Al momento.

Mar. No te detengas.

Marg. Tengo que mudarme el delantal y la gorra... Voy, voy! (*sale; en este momento Jeannic aparece en la puerta y se detiene; Maria se levanta, y se coloca entre él y la mesa.*)

Jean. (Escribe!)

Mar. Sois vos, padre mio? Me pareció oiros decir que ibais á casa del rector...

Jean. Si, pero lo he encontrado á la puerta, y vengo á aguardarle. Y tú, qué hacias?

Mar. Nada...

Jean. Crei haberte visto escribir.

Mar. Si, una balada...

Marg. (*entrando.*) Voy á llevar la carta á la señora condesa.

Mar. Ya es inútil; no merece la pena de que te incomodes.

Jean. Escribias á la Condesa?

Mar. La pedia unos cuadernos de música, (*arrugando la carta y echándola á la chimenea.*) pero he reflexionado, que era un disparate hacer correr á la pobre Margarita por una cosa tan frívola.

Jean. (No está acostumbrada á mentir y se la conoce.) (*alto.*) Maria, tengo que hablar á solas con el señor Rector... retírate á tu cuarto, que pronto te iré á buscar. Acompáñala, Margarita.

ESCENA VIII.

Jeannic, *despues el* **Rector.**

Jean. Su turbacion cuando la sorprendí... (*yendo á la chimenea.*) Esta carta!.. Para quién será?.. Por qué no sabré yo leer, Dios mio!.. Tener que confiar á los estraños los secretos de mi familia!.. Esta carta! Esta carta! (*volviéndose de repente asustado.*) Quién es!... Ah! El señor Rector!

Rec. Adios, amigo mio... A los sasenta y ocho años, las piernas se niegan al servicio, y no corren tanto como el corazon... Pero por qué estás tan agitado?

Jean. Quiero consultaros un caso de conciencia.

Rec. Aunque soy un pobre teólogo, os serviré en lo que pueda.

Jean. Cuando entré ayer en mi casa, advertí que mi hija Maria se turbaba... Hace poco la he visto escribiendo una carta, que ha roto al sorprenderla. Podré penetrar su secreto sin faltar á mi deber?

Rec. En mi opinion... los padres responden de sus hijos delante de Dios.

Jean. Eso mismo creia yo.

Rec. Y la habeis leido?

Jean. Sabeis que no sé leer, y así os ruego que lo hagais por mí.

Rec. Yo!..

Jean. No sois el depositario general de los secretos de todo el mundo? No sois el mediador entre la conciencia humana y la misericordia divina? Leedla, señor Rector, leedla.

Rec. Sea, pues lo quereis. (*lee.*) «Señora Condesa...

Jean. Respiro!

Rec. (*continua.*) «Toda esperanza está perdida. Mi padre ha rehusado ir á Paris, quedándome así enterrada para siempre, y restándome solo morir de pesar.»

Jean. Dice eso?

Rec. Leo lo que está escrito.

Jean. Continuad.

Rec. «Vos que me llamais vuestra hija, y á quien respeto como á una madre, rogad al Conde que haga una segunda tentativa, pues ahí, á vuestro lado, seré feliz, y aqui sufriré y moriré.»

Jean. (*cae sobre una silla, sosteniendo con las manos su cabeza.*) Como su madre! (*mudando de voz de repente.*) Pero soy un loco... esto no será mas que un capricho de niña, que se pasará tan luego desaparezca la esperanza de satisfacerle! No es verdad, señor Rector?

Rec. Jeannic, sois un hombre, y como á tal puedo hablaros francamente.

Jean. Si, aconsejadme, guiadme!

Rec. No es un consejo el que voy á daros, es un recuerdo solamente. Vuestra muger era un ángel de pureza; yo que la escuché en sus confesiones, puedo asegurarlo. Pero á este ángel le faltaba el cielo para donde habia nacido. Recordais aquella enfermedad terrible que padeció? Pues no era enfermedad del alma, era que necesitaba su corazon, otros sitios, otras relaciones que las nuestras; su talento rico y cultivado, se iba consumiendo lentamente entre los nuestros, rudos é incultos. Y esta muger, demasiado sublime para nosotros, ha muerto ahogada de nuestro aire sofocante, é insufrible para ella; y esta, Jeannic, era la madre de tu hija.

Jean. Tengo muy presente todo lo que me decís, aun cuando nunca os he dicho nada... Desde su muerte, estos recuerdos son para mí unos remordimientos que me destrozan el corazon. Bien sabe Dios cuánto la amaba! Cuántos sacrificios hubiera hecho por ella! Ni un solo dia ha pasado, desde que murió, que no la haya llorado como á mi única compañera... sin que la haya adorado como á un ángel! Por mas que me desvelaba en complacerla, por mas que soñaba con su felicidad, conocia, á pesar de su virtud, que se estremecia con el eco de mi voz y con mis maneras rudas y montaraces. Pero cuando me acercaba á ella, á ella!.. tan buena!.. se sonreia con la sonrisa de un justo; mas aquella sonrisa no era del alma, era del cuerpo. Conocia que lo que ella sentia por mí, era gratitud y no amor... y yo no la culpaba, porque no se manda en el corazon! Cualquier muger de nuestras montañas hubiera estado orgullosa al casarse conmigo, pero ella necesitaba un marido igual á su clase, que no la hubiese amado tanto como yo, pero que con sus modales la hiciera mas dichosa... porque mi amor sin igual, eterno, profundo; mi amor de pescador... la ha matado.

Rec. Jeannic, estais loco?

Jean. Oh! si! Mas hubiera valido que el dia que la encontré afligida y desamparada en el castillo de Saint-Brehat, la hubiese abandonado. Ella entonces reanimándose, se hubiera puesto en marcha para la ciudad, y aun viviria, porque no habria sufrido lo que aquí sufrió!

Rec. Vuestra imaginacion os estravia, y os exagera demasiado...

Jean. Nada exagero! Me habia olvidado de todo, pero ahora lo recuerdo con vuestras palabras! Si, su existencia aquí fué una existencia de sufrimientos y de lágrimas! Ya sabeis!.. Aquel era su cuarto!.. Pues bien! Ni una sola vez entré en él sin llorar amargamente... A cualquier hora que lo abriese, me la encontraba de rodillas... orando y anegada en lágrimas! (*al decir esto, vá á abrir el cuarto, y se vé á Maria de rodillas, orando en el reclinatorio de su madre.*) Mirad, del mismo modo que su madre!.. Oigo la voz de Dios! (*toma á Maria en sus brazos y la saca á la escena.*) Hija mia! Ora á Dios cuanto quieras... pero no llores mas! Iremos á Paris!

Mar. A Paris!

Jean. Iremos á donde quieras! (Allí podré perder el honor, la vida... pero no morirás de dolor y de pesar como tu madre!)

Rec. (*tendiendo sobre ellos sus manos, y á media voz.*) Dios mio! Bendecidlos conmigo en la nueva senda que emprenden!

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

Salon en casa del Conde.

ESCENA PRIMERA.

La Condesa, Maria, Fabian; *Maria dibuja; la Condesa borda, y Fabian está al lado de esta de pié.*

Fab. Con que, mi buena prima, consentis en hacernos dichosos?

Con. (*con sonrisa.*) Si, pero no es este el momento de hablar de esas cosas... delante de Maria!

Fab. Maria no escucha; Maria dibuja, y está á seiscientas leguas de nosotros. No es verdad, Maria?

MAR. Qué quereis?
FAB. Ya lo estais viendo, prima.
CON. Pero por qué es esa prisa? Maria tiene diez y siete años, tu veinte y cinco... os sobra tiempo para pensar en ello.
FAB. Oh! prima, yo temo mucho! Esta libertad que disfrutamos, podemos perderla de un momento á otro.
CON. Cómo es eso?
FAB. El Conde y yo seguimos en nuestras opiniones una línea muy opuesta.
CON. Razon de más para que no os encontreis nunca.
FAB. Si, pero todo los dias nuestros diarios se encuentran y se huyen. Ese sistema fatal de las personalidades, adoptado por vuestro marido; esta disidencia, no por nuestras opiniones, sino por el modo de espresarlas, nos exacerbará indudablemente algun dia, y entonces me obligará á que renuncie á mi amor.
CON. Sabeis perfectamente, primo, que en este punto la oposicion solo puede venir por parte del padre de Maria.
FAB. Pero dónde está, que nunca le veo? Hace ya tres meses que Maria está en París, y no hemos adelantado nada; el conde debe llegar hoy por la mañana de vuelta de su corta escursion, y si su diario sigue otros quince dias la linea que ha adoptado despues de su marcha, nos vamos á disgustar indudablemente.
MAR. (*levantándose.*) Teneis mucha razon en lo que habeis dicho á la señora condesa.
CON. (*id.*) Pero bien, eso se evitará, y por impacientes que esteis, sereis dichosos. En último caso, tomaremos una resolucion...
FAB. Si, si; prefiero cualquier cosa á este estado de incertidumbre, del cual temo mucho y nada de bueno espero. Callad! (*asomándose á una ventana.*) Una silla de posta entra en el castillo!.. Es vuestro marido!
CON. Vais á hablarle?..
FAB. No; mi presencia aqui, tan de mañana, podria estrañarle. Permitireis que salga por el lado opuesto. Prima, dejo todos mis intereses en vuestras manos; dadme, como Dios, vida y bien.
CON. Que no tardeis, Fabian!
FAB. Y vos, Maria, amadme siempre como yo os amo.
MAR. Cuándo volvereis?
FAB. Eso me preguntais?.. Al momento. (*sale por la izquierda.*)

ESCENA II.

Dichas, *el* CONDE, DE HORIAC.

CONDE. Un viage escelente... como vos quisisteis... Adios, Condesa! (*se dan las manos.*) Y vos, querida Maria, estais buena?
MAR. Buena, y alegre con vuestra vuelta.
CONDE. Me perdonareis si soy algo impolítico. Necesito hablar á solas con el ciudadano de Horiac, si vosotras me lo permitis...
CON. Maria, seguidme á mi cuarto.
MAR. No olvidareis, señora Condesa, que esta es la hora que mi padre se reserva para venir á verme. (*va á la ventana.*) Mirad si decia bien; son las once en el reloj de Palacio, y está paseándose ya, y esperando.
CON. El Conde tendrá la bondad de prevenirte cuando llegue; no es asi?..
CONDE. Sin duda. Tambien tengo yo que hablar con él un instante; con mi querido Mauclerc... Espero, hija mia, que no le llamareis Jeannic delante de las gentes, para no perjudicar nuestros intereses?
MAR. Vos me habeis dicho que puede acarrear á mi padre un mal el llamarle Jeannic, y no Mauclerc, y sabeis que no podré cometer esta indiscrecion...
CONDE. (*con intencion.*) Con ninguna persona?..
MAR. Con ninguna, señor Conde.
CON. Vamos, Maria. (*salen.*)

ESCENA III.

EL CONDE, DE HORIAC.

CONDE. (*siguiendo con los ojos á su muger y á Maria, dice cuando la puerta se ha cerrado.*) A ver si ahora estos diablos de criados no nos espian mas!
HOR. (*despues de estar escuchando en el foro.*) Podemos hablar, señor Conde.
CONDE. Pues bien, amigo mio; como me digisteis, nuestro partido está desorganizado; parece que todo el mundo ha perdido la cabeza, menos el Príncipe; pero ya lo sabeis, es imposible poderle hablar.
HOR. Y cómo habeis sido recibido?
CONDE. A las mil maravillas!.. Muchos cumplimientos, pero... nada de positivo. Por último, ellos mismos parece que han perdido la esperanza de volver á Francia.
HOR. Lo mismo que os dige hace tres meses: es preciso abandonar al partido realista, porque ya es impotente.
CONDE. Y qué es lo que habeis hecho vos?..
HOR. Mil cosas! Tengo disfamados á los del Directorio; he tronado contra las orjias del Luxemburgo; tengo heridas de muerte á las Aspasias y á las Mesalinas de la calle de Vaugirad; Barrás está furioso, ¡lo sé, y además, sus mejores amigos me han venido á buscar de su parte, pidiéndome que no dirija mis tiros contra el gobierno.
CONDE. Y qué les habeis respondido?
HOR. Les he dicho, que contra los hombres, particularmente, no tenia ningun rencor, pero que en la prensa era mi deber atacarlos. Despues me han hecho ofertas... pero ofertas miserables; en su consecuencia, he aumentado el redoble; he atacado á la muger y á la madre de la muger de Barrás... Pero un ataque en regla!.. Si bien estas han presentado una denuncia contra nuestro editor...
CONDE. Diablo! Y no me habiais dicho nada de eso?..
HOR. No era ocasion todavia! Cada cosa en su tiempo. El editor es el que ha de pagar, conque...
CONDE. Y Jeannic, lo sabe?..
HOR. Lo que es yo, no le he dicho nada; antes, por el contrario, he guardado la citacion, y será condenado sin oirle.
CONDE. Eso es horrible!
HOR. Qué disparate! La cárcel no hace daño á nadie; además, con este resorte cómico, ignora por qué causa se le condena, y creerá, en su estúpida hombria de bien, que es por sus principios políticos. Conque, señor Conde, una palabra vuestra, y nos salvamos.
CONDE. Si... me habeis reservado esto?.. Gracias! Y para cuándo es el jurado?
HOR. Para hoy mismo. Justamente habeis llegado á lo mejor.
CONDE. Me parece, de Horiac, que no haceis lo que mas conviene á mis negocios?
HOR. He hecho, y hago lo que habeis querido. Dentro de ocho dias estarán todos á vuestros pies, y les impondreis condiciones, y ellos las aceptarán.
CONDE. Y dentro de cuatro años, por via de compensacion, me enviaran á la guillotina?
HOR. Qué disparate! Los hombres que están á cierta altura, nunca se les hace daño; y en todo caso, es muy sencillo, se les envia á ellos antes.

ESCENA IV.

Los mismos JEANNIC.

JEAN. (*abriendo la puerta, y deteniéndose en el dintel.*) Perdonadme, señor Conde, si entro sin anunciarme; creí que estaba aquí mi hija como de costumbre.

CONDE. (*dirigiéndose á él, y tendiéndole la mano.*) Seais muy bien venido!... Tengo que daros muy buenas noticias; acabo de llegar de Coblent, como sabeis, y me complazco en anunciaros...

HOR. (Que le prenden dentro de una hora.)

CONDE. Que sois el hombre de moda en aquel punto.

JEAN. Yo!.. Permitidme, señor Conde, permitidme dudar de que mi existencia sea conocida de tan augustos personages.

CONDE. Pensais que os engaño?

JEAN. No, señor Conde; acaso de otro tiempo... se conservará para alguno el eco de mi nombre; pero ahora... ahora que no tengo otro mérito que poner todas las noches este nombre oscuro en el último rincon de un periódico, no puedo creer, y mas haciendo daño, que haya adquirido tan esclarecida gloria.

HOR. Pero olvidais, querido amigo, que ese nombre se repite todos los dias, seis ú ocho mil veces? Que ese nombre va á todas partes con el periódico, y que cuando un artículo, lleno de patriotismo, atestado de lógica, rebosando poesía, estremece al lector, esa firma no indica sino el nombre sobre quien deben recaer todas las simpatías?

JEAN. Entonces, recojo un fruto que otros han sembrado?.. Oh! convendreis, señores, en que esto no es justo; para mi la gloria; para vosotros nada!

CONDE. No, Jeannic; vuestra posicion tal vez, no está esenta de peligros, que ignorais. La guerra que hacemos á nombre de los buenos principios; la bandera que hemos levantado públicamente, nos ha atraido la saña de los partidarios de Barrás, y la hora de la persecucion ha sonado!

JEAN. Que sea bien llegada, pues viene con el deber. Ya estrañaba yo, que despues de un ataque tan violento á los mas altos personages de la situacion, no hiciesen ellos por vengarse... Ellos, que no se paran en nada, que atacan todas las propiedades, que se meten en el bolsillo ageno, y que... tienen el poder entre las manos.

HOR. (Pues si lo oyen, le prohiben hasta hablar.)

JEAN. Con que somos perseguidos?..

CONDE. Si; aqui teneis á de Horiac, que ha recibido aviso de ello, y os puede dar pormenores. Por mi parte, estoy cansado de haber corrido la posta toda la noche, y voy á guardar un poco de reposo. Si teneis necesidad de oro... de cualquier cosa, aqui está mi cagero que tiene órden para daros cuanto pidais.

JEAN. Repetidísimas gracias, señor Conde; no necesito de nada, mas que ver á mi hija.

CONDE. Podeis hacerla llamar cuando gusteis.

HOR. (*haciendo un movimiento para salir.*) Si... os enviaré un criado...

JEAN. No os molesteis... yo mismo la llamaré. Quisiera hablaros un instante á solas.

HOR. (Esto se pone malo!)

CONDE. Vaya, os dejo solos; hasta luego, querido Jeannic. (*le da la mano y sale.*)

JEAN. Cuánto honor, señor Conde!..

ESCENA V.

JEANNIC, DE HORIAC.

HOR. Lo siento mucho... pero tengo tanto que hacer... pronto vuelvo...

JEAN. (*deteniéndole.*) Dos segundos, y os dejo en libertad.

HOR. Bien... siendo asi... (*dándole en el hombro muy risueño.*) Sabeis, querido amigo, que sois todo un héroe! Habeis hablado de la prision con un entusiasmo, que... casi creo que teneis ganas...

JEAN. Basta de cumplimientos, caballero! Aqui no hay mas, sino que nosotros hemos herido de muerte á esos hombres, á pesar del escudo de hierro con que se cubren, y los hemos descubierto, á pesar del manto de impudencia con que se envuelven? Teneis razon, vive Dios! Para estos cortesanos es mejor la pluma que la carabina. Estaré en la prision gustoso, porque seré un mártir de mis principios.

HOR. Conque es decir, que esta noticia que á otro hubiese asustado, es recibida por vos con gusto?

JEAN. Toda creencia, es una religion. Decidme para qué dia y qué tribunal me demanda?..

HOR. Ved que no soy yo el portador de la cita.

JEAN. Y no sabeis nada mas?

HOR. Apenas recibí la papeleta, la remití al abogado que ha de defenderos.

JEAN. Al abogado que ha de defenderme?.. Y para qué necesito de abogado? Creeis que un mercader de palabras, sabrá mejor que yo lo que debe decirse, y que no me defenderé por mi mismo?

HOR. Dios me libre! Sé perfectamente que teneis el juicio bastante cabal, y la lógica mas clara del mundo; pero sois como yo... no entendeis una palabra de argucias judiciales. Un abogado encontrará los sesgos, las escusas, los medios dilatorios... Un abogado os podrá absolver... Quién lo duda!.. Mientras que vos, con vuestra franqueza... Si, si... os podriais condenar.

JEAN. Y por qué decis que necesito de sesgos y de escusas? Por qué decis que para absolverme es necesario todo ese fárrago? Tengo acaso que sustraerme de alguna pena?

HOR. Vamos, no entendeis nada de esto, mi querido Jeannic!

JEAN. Es que hay dos modos de entender las cuestiones de honor, señor mio. Mi conciencia me dice que debo presentarme al tribunal, pública, leal, francamente... Y... me presentaré!.. Qué dia se vé la denuncia?

HOR. Ya os dicho que lo he olvidado, con las mil cosas que ocupan mi imaginacion...

JEAN. Pero me direis el nombre y la habitacion de mi defensor?

HOR. Podeis estar tranquilo; es uno de nuestros primeros abogados!

JEAN. No es eso! Dónde vive? Cómo se llama?

HOR. Se llama, Feliciano Deaumier, calle Chauteriere, número diez, doce, ó catorce.

JEAN. Gracias!

HOR. A dónde vais?

JEAN. A buscarlo!

HOR. (Qué demonio!) No le encontrareis... Sé que á esta hora debe hallarse en Ruan, para defender un gran negocio.

JEAN. Y qué me importa? Si él no está, habrá quien le reemplace; su secretario...

HOR. (Violento como un Breton! Otra mentira, y van tres.) (*alto.*) Sabreis que...

UN CRIADO. (*desde la puerta.*) El abogado Deaumier, está en casa del ciudadano de Horiac, y desea hablarle antes de volverse á su casa.

HOR. (Nos ha lucido ese hombre!)

JEAN. Pues no me habeis dicho que el caballero Deaumier no estaba en París?..

HOR. Asi me lo aseguraron... Habrá detenido su viage.

JEAN. Está bien! Una vez que está en vuestra casa, os suplico que le pidais mi citacion, para que pueda saber el dia, la causa, y el tribunal que me requiere...

HOR. Pero si no sabeis leer, qué vais á hacer con esa citacion?

JEAN. (*impaciente.*) Me la leerá otro que sepa!

HOR. Si no es mas que eso... aguardadme un instante, y yo mismo la leeré.

JEAN. Caballero, que sea la citacion que me llama, me entendeis?

HOR. Cómo! Dudais de mi?..

JEAN. No dudo, pero... ay! del que me engañe!

HOR. Nunca.

JEAN. (*interrumpiéndole.*) Ya os lo he dicho... la citacion; quiero la citacion!

HOR. Puesto que lo exigis, la tendreis.

JEAN. Cuándo?..

HOR. Ahora mismo.

JEAN. Asi lo espero; y si dentro de una hora no ha venido, yo mismo iré á buscarla, aunque esté en vuestra casa. (*se saludan con frialdad; de Horiac sale.*)

ESCENA VI.

JEANNIC, *solo.*

Qué querrán decir estos engaños?.. Este de Horiac será ahora y siempre el mismo; se me ha metido en la cabeza, que es un intrigante, y me saldré con ella. Qué desgracia es para un partido, tenerse que valer de semejantes hombres! (*queda un momento en silencio, con los ojos fijos en la puerta, por la que salió de Horiac: Maria abre lentamente la de su cuarto.*)

ESCENA VII.

JEANNIC, MARIA.

MAR. Estais solo, padre mio?

JEAN. Si, hija mia.

MAR. Y no me habeis llamado?

JEAN. El caballero de Horiac me lo impidió. He tenido que hablarle.

MAR. Pero estais triste... intranquilo!

JEAN. No, no, hija mia; te engañas...

MAR. Oh! no! Adivino cuando teneis algun pesar!

JEAN. Con un abrazo tuyo, hija mia, me verás tranquilo.

MAR. Con que no quereis decirme lo que os aflige?

JEAN. Si; temo que tendré que alejarme por algunos dias.

MAR. Por vuestros negocios?..

JEAN. (*con amargura.*) No... por los del conde de Saint-Brehat; pero nada está decidido todavia... Hablemos de otra cosa.. Eres dichosa?

MAR. Si, si, muy dichosa!

JEAN. Conque no deseas nada?

MAR. Qué quereis que desee, padre mio, desvelándose tanto por mi el Conde y la Condesa? Hay tanta diferencia de este hermoso París á nuestra pobre Bretaña, que yo me creo en un palacio de Hadas! Solamente vos me poneis triste alguna vez!

JEAN. Yo, hija mia? Por qué?

MAR. La soledad á que os habeis condenado, me aflige.

JEAN. Mírame, y dime qué puedo ya ser en el mundo. Tú, Maria, como jóven, debes guardar sus costumbres; pero yo, todos los dias deseo volver al centro de mis semejantes, porque siempre tendré las rudas maneras de un pescador, y porque me agrada vivir en la soledad!

MAR. Pero estando lejos de mi, no podreis venir á verme todos los dias.

JEAN. Pero miraré por tus adelantos, y no turbaré tus placeres... No puedo estar solo contigo mas que una hora; mas... cuando te veo en medio del mundo, me digo: «Es posible que esa jóven tan hermosa, tan elegante, sea la hija del pobre Jeannic?.. Y aun me atrevo á dudar que seas mi hija! Mientras que cuando estamos solos... asi... cuando tengo tus manos entre las mias, cuando estrecho tu corazon junto al mio, entonces creo en mi dicha, porque una gran señora no se dejaria abrazar por un pobre pescador como yo, si este pobre pescador no fuese su padre! Vamos... hablemos de tus estudios, de tus progresos... Trabajas mucho?

MAR. Quereis ver mi álbum?

JEAN. Si.

MAR. Vedlo.

JEAN. Es hechicero!.. (*ojeando.*) Qué significa esta alegre mansion?

MAR. Es el interior de una cabaña.

JEAN. Una cabaña?.. La habrás dibujado de memoria? Veamos otro.

MAR. Ese no, padre mio!

JEAN. Por qué no quieres que vea este?

MAR. Porque...

JEAN. Porque ese me recuerda tu madre? Porque aquel representa una lujosa cabaña, y este un pobre cementerio!.. Mira la iglesia del Rector!.. El presbiterio!.. El campo santo que le sirve de jardin, y en este ángulo, bajo los cipreses que yo mismo planté, la tumba de tu infeliz madre!

MAR. Padre mio; os he hecho mal...

JEAN. (*abrazándola.*) Tú mal!.. Tú, hija mia? Al contrario. Quiero que me saques una copia en grande de este dibujo, para ponerlo en mi cuarto, y verlo todos los dias. (*queda abatido.*)

ESCENA VIII.

Los mismos, la CONDESA.

CON. (*á Maria.*) Si os incomodo, me volveré á mi habitacion.

JEAN. Señora Condesa!

CON. Jeannic quisiera hablaros.

JEAN. Estoy á vuestras órdenes.

CON. Tu permitirás, hija mia...

MAR. (Qué le vais á decir?)

CON. (Voy á cumplir los deseos de Fabian.)

MAR. Hasta la vuelta, padre mio!

JEAN. Hasta la vuelta, querida hija. (*se abrazan.*)

MAR. (*ap. al salir.*) Qué responderá, Dios mio!

ESCENA IX.

LA CONDESA, JEANNIC.

CON. Qué os parece, Jeannic, de vuestra hija?

JEAN. Que con un guia como vos, es un angel.

CON. Segun eso, reconocereis que tengo algunos derechos sobre ella?

JEAN. Otra cosa seria una ingratitud. Esos derechos estan profundamente grabados en nuestros corazones.

CON. Y no estrañareis entonces, que me haya ocupado un momento, del porvenir de Maria.

JEAN. No quisiera tocar una cuestion que se me presenta siempre para atormentarme.

CON. Me habeis comprendido; quiero hablaros de un enlace que la seria muy conveniente.

JEAN. Ya sabeis, señora Condesa, que pertenece á Martin, y que por consiguiente no está libre.

CON. Y mirais ese empeño como una cosa formal?

Jean. Mi palabra esta dada, y mi palabra es solemne.

Con. Y no creeis que destruis de ese modo la suerte de vuestra hija?

Jean. Si, todo lo he visto despues, pero no encuentro ningun medio para salvar à Maria! Ninguno!

Con. Con que no adivinais ninguna esperanza? La dejareis morir tal vez, como murió su pobre madre... de tristeza?

Jean. Primero me mataré.

Con. Eso es una locura.

Jean. Dejadme pensar.

Con. Serenaos, Jeannic, serenaos! Sois un demente.

Jean. No, señora condesa, soy un desgraciado!

Con. Silencio! Si oyese la pobre niña!...

Jean. Si... teneis razon; no sabrá nada de esto; yo os lo juro.

Un criado. (*entrando.*) Para el ciudadano Mauclerc de parte del ciudadano de Horiac. (*le dá un papel.*)

Jean. Dadme; ya sé lo que es! Señora Condesa, voy á pediros el último favor.

Con. Cuál!

Jean. Voy á partir, y Maria debe ignorar á dónde marcho.

Con. Pues á dónde vais?

Jean. A una prision!

Con. Vos á una prision! Qué delito habeis cometido?

Jean. Yo! Ninguno... pero en mi clase de editor responsable del periódico, respondo de cuanto escriben los demas; por un motivo tan honroso, voy preso; pero en épocas políticas, como la que atravesamos, la persecucion es un título de gloria.

Con Y qué puedo hacer por vos?

Jean. Este papel es mi citacion; el caballero de Horiac no ha querido decirme su contenido... hé aqui el favor que os pido.

Con. Dadme.

Jean. Gracias, señora!

Con. Esto es para hoy... para hoy mismo!

Jean. Para hoy! Eso es imposible!

Con. (*leyendo.*) Sala sesta.— Palacio de justicia.— El martes cinco Frumiario, á la hora del medio dia...

Jean. (*tomando el pliego de pronto.*) Medio dia! Aun tengo tiempo! Dadme, señora, dadme! Mis enemigos me llaman... corro á ponerme delante de ellos. Para mi el triunfo; para ellos la humillacion!

ESCENA X.

La Condesa, el Conde.

Conde. (*entrando.*) Estais sola?... Crei haber oido la voz de Jeannic.

Con. Si; pero como sabeis está citado, ha salido para el tribunal.

Conde. Y furioso sin duda?

Con. No; tan entusiasta y tan noble como siempre; dice que es muy feliz en ofrecer su libertad, despues de haber dado su sangre.

Conde. Horiac le ha prevenido de este incidente?

Con. Creo que no...

Conde. Haced que sin pérdida de tiempo... (*de Horiac aparece en el fondo.*) Ah! Vedle aqui!

Con. Os dejo, para ocuparme de la pobre Maria. (*entra en el cuarto de esta.*)

ESCENA XI.

El Conde, de Horiac.

Conde. Llegad, de Horiac; sabeis que Jeannic está en el tribunal?...

Hor. Si, vengo de verle partir. Ha exijido que le remita la citacion, y no he pódido hacer otra cosa.

Conde. Esto nos vá á embrollar nuestros negocios.

Hor. Al contrario, Conde; los asuntos marchan á las mil maravillas.

Conde. No comprendo nada.

Hor. Quiénes pensais que han estado en mi casa? Los enviados del partido enemigo.

Conde. Cómo! Han venido?...

Hor. A transigir, como os decia... Dentro de una hora, acaso, el secretario privado del ciudadano director, estará aqui.

Conde. Y seré embajador?..

Hor. Si, señor Conde; sereis el representante de una gran nacion, y yo vuestro secretario.

Conde. De Horiac!

Hor. Quién sabe! Acaso vendrá un dia en que como tantos otros, podremos decir con cierta satisfaccion:— Nosotros hemos pagado nuestra deuda á la patria... que la patria haga algo por nosotros!... Me entendeis?.....

Conde. Gracias, caballero; por un momento suspended esos sueños, y escuchadme. Una cosa me inquieta.

Hor. Cuál es, señor Conde?

Conde. Qué hará Jeannic cuando sepa la causa de la denuncia? Cuándo esté en presencia del tribunal, y vea estender el acta de acusacion?

Hor. No nos ocupemos de Jeannic; el procurador general ha recibido órdenes... yo dejo todo el cuidado á su abogado... Lo menos que puede suceder á Jeannic, es ser condenado á tres meses de prision, y todas las probabilidades son, que se decretará su arresto acto continuo.

Conde. De Horiac, eso es muy terrible! Debemos evitar ese mal.

Hor. Jeannic en su prision estará bien atendido; nada le faltará, y no podrá salir para venirnos á molestar; ademas, dentro de ocho, quince dias á mas tardar, todo estará concluido como deseamos.

Conde. Cómo concluido?

Hor. Si; vos sereis embajador, teniéndome por secretario; y cuando Jeannic salga, estaremos en nuestra silla de posta, á cincuenta leguas de París. Veremos entonces si nos vá á buscar!

Conde. Es muy capaz!

Hor. Y aun cuando lo sea!... En ese caso, nos veremos las caras.... Si señor!... Yo soy tan bravo como cualquiera, y de hombre á hombre, no vá nada. El valor es uno de esos capítulos de la vida, que se enriquecen á proporcion que se les añaden lineas! Estoy deseando una ocasion...

Conde. Pues esta se os presenta... oigo la voz de Jeannic.

Hor. Perdonadme... la ocasion no es esta... Y es una tonteria esponerme á que le mate ahora... y á ser muerto por él. Hasta la vista, señor Conde, voy á responder...

Jean. (*desde fuera.*) Esta aqui? Bien.

ESCENA XII.

Conde, Jeannic, *un* Criado.

Jean. En el salon decis?— Con el señor Conde? (*abre violentamente la puerta. Al criado.*) Mentis! No esta aqui!

Cria. Habrá salido ahora mismo.

Jean. Id á buscarle, y traedmelo... Decidle que quiero verle, que quiero hablarle.

Cria. Pero caballero!...

JEAN. Haced lo que os digo. (*el criado sale.*)
CONDE. Qué quereis, Mauclerc?
JEAN. Qué quiero!... Si, si; creo que lo ignorais todo, y os lo voy á decir.
CONDE. Me estais hablando con un tono!...
JEAN. Escusadme, señor Conde, de que no os haya pedido permiso para entrar, porque hay circunstancias en la vida, en las cuales es imposible reprimir el acento, y medir las palabras; por lo demás, os suplico que me oigais.
CONDE. Hablad.
JEAN. Señor Conde, cuando me ofrecisteis venir á París, proponiéndome firmar el periódico en que habiais de poner los fondos, y que el caballero de Horiac debia dirigir, sabeis que me propusisteis mi deshonra, que me brindasteis con la infamia?
CONDE. Vuestro deshonor! Vuestra infamia! No hay deshonor ni infamia en defender los principios políticos que se profesan; ni hay deshonor ni infamia en entrar en prision por ellos.
JEAN. No, señor Conde, no; en ningun pais del mundo hay deshonor ni infamia por eso; pero en todos los paises del mundo hay deshonor é infamia, en introducirse, como un espia, en la vida privada de sus enemigos políticos. En todos los paises del mundo hay deshonor, en calumniar y disfamar, y hay doble deshonor y doble infamia, si el objeto de la calumnia y de la difamacion es una muger, que ni puede defenderse ni vengarse.
CIADO. (*entrando.*) El ciudadano de Horiac no está en su casa.
JEAN. Me lo figuraba! Está bien!... Idos! He aqui lo que yo os decia, Conde. Se ha calumniado y difamado en mi nombre; han abusado seguramente de mi ignorancia... han especulado con mi leal estupidez... En lugar de hacer de mi nombre una bandera manchada de noble sangre, han hecho un arapo lleno de lodo... Me comprendeis ahora?...
CONDE. Jeannic!...
JEAN. Dios mio, vos lo sabeis! Ningun mártir se ha presentado delante de sus jueces, con la frente mas alta para confesar sus creencias, como yo lo hice; quise defenderme, quise hablar, quise proclamar la pureza de mis principios, y se me rieron!... Me llamaron cobarde é impudente!... Entonces, en presencia de doscientas personas, reclamé la prueba del crímen que me achacaban, y me presentaron el acta de acusacion. Crei volverme loco! Ellos pronunciaron la sentencia! Tres meses de prision! En vano les dije que no podia ser condenado por semejante crímen; en vano les supliqué que si estaba alli la muger á quien habia insultado, la pediria perdon de rodillas; me creyeron un insensato, y dijeron que debia quedar preso en el actó; pero que podia, por un momento, venir á arreglar mis asuntos!... Loco, me lancé fuera del tribunal, y vedme aqui!
CONDE. Soy estraño á todo eso, bien lo sabeis!
JEAN. Si; sé que todo eso se ha hecho en vuestra ausencia. Dios me libre de pensar mal del hombre que es el segundo padre de mi hija! No, señor Conde; os creo estraño á todas esas torpezas, pero comprendereis que todo pacto político se ha roto entre nosotros! Yo demando, yo exijo, que mi nombre desaparezca al instante de vuestro periódico, para no volver á aparecer jamás!
CONDE. Al instante? Eso es imposible, Jeannic.
JEAN. Imposible, caballero!
CONDE. Mientras esteis al servicio de alguno...
JEAN. Al servicio! Con que yo estoy á vuestro servicio!...
CONDE. Perdon, Jeannic; yo os he dicho!...
JEAN. No, no, señor Conde, la espresion se os ha escapado, y yo la acepto. Las cosas han venido á tal punto, que quiero mas estar á vuestro servicio, que ser de vuestra sociedad; vuestro criado, que vuestro igual.
CONDE. Jeannic!...
JEAN. Si, porque un criado puede decir á sus amos, que les dá ocho dias para que busquen otro que le reemplace. Os doy ocho dias, señor Conde; durante este tiempo, os regalo mi nombre, pero... oidme con atencion; durante estos ocho dias, que no se abuse de mi! Porque aquel que me haga mas desgraciado... lo juro por el alma de mi padre! me ha de dar á beber toda su sangre!
CONDE. Qué ruido es ese?...
JEAN. Nada! Sin duda vendrán por mi. Señor Conde, la última gracia.
CONDE. Qué quereis?...
JEAN. Retiraos un instante; aun tengo tiempo de abrazar á mi hija; y sobre todo, que Maria no sepa nada.

ESCENA XIII.

JEANNIC, MARIA.

JEAN. (*abriendo la puerta.*) Maria! Maria! No estas ahi, hija mia?
MAR. Si, padre mio.
JEAN. Vengo solamente para decirte adios; mi viage es mas largo de lo que yo creia.
MAR. Y cuándo os vais?
JEAN. Ahora mismo.
MAR. Ahora mismo!
JEAN. Si; qué quieres! Es imposible otra cosa!
MAR. Pero Dios mio! qué teneis?
JEAN. Nada!... Escúchame. Estás convencida de que he hecho por ti todos los sacrificios, escepto el de mi honra?
MAR. Si, padre mio; estoy convencido que no hay bajo el cielo hija mas querida que yo.
JEAN. Bien, y tú sabrás que no puedo darte el menor pesar, si la necesidad mas imperiosa no lo exijiese? No es verdad?
MAR. Padre mio, no os entiendo!... Qué quereis decir?
JEAN. Pobre hija mia! A mi vuelta, me ausento á Bretaña.
MAR. Oh!
JEAN. Si, sé que el golpe será grande... pero te voy á llevar conmigo... No me supliques, porque todo será inútil. Tú lo sabes... Hay necesidades, que todo el poder del mundo no lograrian contrarestar.
MAR. Padre mio, os obedeceré!
JEAN. Si, pero esto no es todo... Tú me obedeceras y me disimularás tu dolor; y me ocultarás tus lágrimas, no es asi? Pero si te veo sufrir, si te veo llorar, cederé, acaso, y si cedo, soy perdido.
MAR. Partiremos!.. partiremos! Cuando vos querais!... Ya estoy dispuesta.
JEAN. No, no podemos partir ahora, Maria, hija mia, abrázame!
MAR. Quiero estar con vos hasta el último momento; os voy á acompañar hasta la puerta.
JEAN. Quédate en tu lugar, sin traspasar esa puerta... sin mirar por las ventanas... Adios, querida hija mia... adios, adorada hija; adios! adios!
MAR. Adios, padre mio! (Fabian, todo ha concluido para nosotros!)

(Maria cae desmayada en un sillon; Jeannic al salir, muestra su hija al Conde, que está á la puerta, y se aleja lanzándola una última y dolorosa mirada. El Conde se

acerca á ella al tiempo que de Horiac sale de la cámara de la Condesa, con precaucion.)

Hor. (*á media voz al Conde.*) Todo ha terminado! El secretario particular del presidente del directorio, os espera.

Conde. Al fin soy embajador! (*cae el telon, cuando el Conde y de Horiac entran en la cámara de la condesa.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto anterior; las tres puertas del fondo estan abiertas, por las que se ve una suntuosa galeria, adornada como para un baile.

ESCENA PRIMERA.

La Condesa; *despues el* Conde *con un gran pliego sellado en la mano:* de Horiac; *un* Criado.

Con. (*desde la puerta.*) Maria, yo quiero que asistas á mi fiesta, y vendrás, porque esto es lo convenido. (*á los criados.*) Vosotros, colocad esas flores y haced que á cada contradanza circulen los helados. Vicente, llevaste mi carta al ciudadano Fabian?

Cria. Si, señora Condesa.

Con. Bien. (*vase el criado.*)

Conde. (*entrando con de Horiac.*) Alegraos, Condesa; el ciudadano director me acaba de hablar; he aqui el nombramiento que he recibido.

Con. De embajador en Turin, no es esto?

Conde. Pues cómo sabeis esa noticia? Esperaba sorprenderos!

Con. Estube ayer á hacer una visita á una antigua amiga de colegio, para la cual uno de los directores no tiene secretos, y esta me anunció que vuestro nombramiento debia ser espedido hoy mismo.

Conde. Y qué fuisteis á hacer á su casa? Teneis solicitada por vuestra parte alguna embajada?

Con. No; pero la tenia escrito anteriormente, diciéndola que pues habia tréguas entre los partidos velijerantes, y ya que esa trégua iba á ser seguida de una amnistia, era muy justo que se entendiese á todo el mundo.

Conde. No os comprendo!

Con. Crei debia acordarme del pobre Jeannic, ya que todos se olvidaban de él.

Conde. Jeannic? Habeis pedido la gracia de que Jeannic?...

Con. Y creo daros un placer, al anunciaros que la he obtenido. Esta tarde, ó mañana á mas tardar, saldrá de su prision.

Conde. Pero quién os ha metido en estas cosas, Condesa? Comprendeis esto, caballero?..

Hor. La señora Condesa ha seguido los impulsos de su corazon, y veo, sin dificultad, y me congratulo de ello, que he resucitado vuestra antigua influencia, señor Conde.

Conde. Si, esto me agrada mucho... pero reflexionad en los inconvenientes de una salida tan imprevista.

Hor. (*llevándoselo ap.*) Qué quereis que resulte? Desde hoy firmo yo el periódico; vos asignais una veintena de mil francos para dotar á Maria; su padre sale con ella para la Bretaña; la casa con Martin, y como es probable que nosotros no tengamos necesidad ni de los unos ni de los otros, todo queda concluido.

Conde. Veis las cosas de una manera tan brillante!..

Hor. El resultado me ha engañado acaso? Vos habeis deseado una embajada; la teneis; habeis exijido cien mil francos como precio del periódico, y os esperan con ellos. Esponeis cuarenta mil francos... (*sacando un paquete de billetes de su bolsillo.*) Helos aqui en billetes á la vista sobre el tesoro... y los cuarenta mil francos en tres meses os han producido cien mil de interés, y una embajada! Qué diablo; querido Conde! Vos sois demasiado pesimista! Yo no puedo hacer mas... os lo prevengo.

Conde. Conozco que teneis razon, pero no tomaré jamás un solo sueldo de esos cien mil francos; esa es vuestra parte.

Hor. (*guardando los billetes.*) Comprendo que es muy justo, señor Conde; pero no por eso os estoy menos reconocido.

Conde. Vamos á firmar!

Un criado. (*anunciando.*) El ciudadano Fabian! (*Fabian entra.*)

Conde. Querido Fabian, como presumo que es á vuestra prima, y no á mi á quien venis á ver, os dejo con ella... Esta noche nos veremos en el baile?...

Fab. Sentiria privarme de este placer, caballero.

Conde. Todo el sentimiento seria de nuestra parte, querido primo; vamos, de Horiac!

Hor. (*ap. al salir.*) Por mi fé que tube miedo! Crei que venia á pedirnos esplicacion por el articulo de esta mañana. (*salen.*)

ESCENA II.

Fabian, Condesa; *despues* Maria.

Fab. Puedo saber, querida prima, á qué debo el favor de que me llameis?

Con. Me ha estrañado mucho que despues de tres ó cuatro dias, no hayais venido á vernos.

Fab. Leeis el periódico *La verdad,* Condesa?

Con. No leo ninguno.

Fab. Creia que confeccionándose en vuestra casa, no me dariais ninguna queja por la ausencia.

Con. Siempre esa exajeracion de principios!

Fab. Aqui no hay exajeracion, señora. Mientras crei que el diario del Conde entraba en lid para sostener los intereses de su partido, le aplaudi; cuando le veo atacar al enemigo comun con injurias y personalidades, no puedo reconocer esta clase de lucha, en la cual nunca debia haberse comprometido un hombre de la posicion del Conde; bien sabe que nada he dicho... me he contentado con callar! Pero cuando veo que despues de haber arrojado toda clase de invectivas sobre el directorio, se vuelve á tirar bala roja sobre nosotros, no obstante ser nuestro aliado, y que nos obliga á que lo tratemos como á enemigo!.. Y lo seré! No deseo mas que verme cara á cara con mis contrarios, para mostrarles que tengo el rostro lo mismo que el corazon. Hace cuatro ó cinco dias, que el diario del Conde emplea las diatribas mas horribles contra todo lo mas distinguido del partido á que pertenezco. Aun no se ha conocido su vuelta; bien es verdad, que no he visto el número de hoy. Mas no es este?... Permitireis que?...

Con. (*deteniéndolo.*) No, Fabian; os he hecho venir, para una cosa mas importante que un artículo de periódico. Se trata de vuestra dicha y de la de Maria. Vuestras contiendas políticas os harán olvidar su amor?...

Fab. Olvidar su amor! Jamás! Vos sois nuestro angel protector! Lo sé bien! Decidme, qué habeis hecho por nosotros?...

Con. Voy á hablar muy pronto con Jeannic.

Fab. Pues no me habiais dicho que le encontrabais inflexible?...

Con. Si; pero esta inflexibilidad nace de la promesa que tiene hecha á Martin.

FAB. Y bien!

CON. He pensado, que no habia mas que un medio de arreglarlo todo, y este lo he empleado.

FAB. Cuál?... (*Maria entra y escucha.*)

CON. Esta era la época de la vuelta de Martin, y le he escrito, diciéndole la verdad.

FAB. Y qué ha contestado?...

MAR. (*viniendo á la escena.*) Una carta de Martin! Dios mio, yo tiemblo!

CON. Leed, hijos mios, y sed felices!

MAR. Veamos, Fabian, veamos!

FAB. (*leyendo.*) «Mi querido Jeannic, acabo de llegar á Bretaña, y veo que tu y Maria habeis salido para París. Jeannic, perdona á tu amigo; yo comprendo que el pobre pescador no puede casarse con la bella hija de una gran señora: y así te devuelvo mi palabra, para que tu me devuelvas la mia. Cree bien que asi evitamos la desgracia de tu hija, y la de tu amigo. Adios! Sed dichosos, si podeis, en esa gran villa, porque yo no encuentro la verdadera felicidad mas que en nuestra Bretaña.»

MAR. Cuando os decia, Fabian, que nuestros bretones tienen un corazon muy noble!...

FAB. Prima, sois nuestro ángel salvador!...

CON. No he hecho mas que mi deber.

FAB. Ahora no tendreis motivo, Maria, para alejarme de vuestro padre? Dónde está?

MAR. Esta ausente, pero debe volver mañana temprano, segun me lo ha asegurado la señora Condesa. Vos vendreis esta noche al baile, y en él os enteraré de todas las noticias.

FAB. Y me asegurais que os podré hablar esta noche, y que mis negocios me lo permitirán?...

MAR. Es que os lo suplico, y creo que no desairareis á mi prima, y á mi. Toda esta fiesta la ha promovido por nosotros!...

FAB. Puesto que lo quereis, vendré.

CON. Pues no debeis perder tiempo, si habeis de bailar con Maria la primer contradanza...

FAB. Estoy de vuelta al momento. (*vase.*)

CON. (*á Maria.*) Ahora todo irá bien, hija mia; tranquilízate.

MAR. Creeis que mi padre consentirá, á pesar de la opinion de Fabian?...

CON. Tu padre, estimando como estima á los hombres en su justa opinion, apreciará á Fabian en tratándole, y le hará su segundo hijo. (*ruido de un coche.*)

UN CRIADO. (*entrando.*) Puedo hablar una palabra á la señora Condesa?...

CON. (*alejándose.*) Qué hay?...

CRIA. (*á media voz.*) Me habeis ordenado que os previniese...

CON. Y bien?...

CRIA. Está ahi?... (*la Condesa le hace una seña, y se aleja el criado.*)

CON. Maria?...

MAR. Señora?...

CON. No adivinas nada!...

MAR. De qué?... (*Mauclerc aparece en el fondo. Maria quedándose absorta y echándose en los brazos de su padre.*) Padre mio!...

ESCENA III.

Los mismos, JEANNIC.

JEAN. Hija mia! Mi buena Maria! Oh! Es un anuncio de dicha para mi, que seas tú la primer persona á quien vuelva á ver.

CON. Y que yo sea la segunda, tambien!

JEAN. Si, señora Condesa, porque os respeto tanto como la amo á ella!

MAR. Padre mio!

JEAN. Pero cómo estas tan compuesta? Qué hay de nuevo esta noche en vuestra casa, señora Condesa? Esos salones iluminados y llenos de flores, tienen un aire de fiesta...

CON. Hoy es el aniversario de mi nacimiento, y vuestra hija no ha querido, sino á fuerza de ruegos, asistir á él!

JEAN. Cómo, Maria!

MAR. Padre mio, vos no estabais aqui, é ignoraba vuestro paradero! Oh! cuánto he sufrido!

JEAN. Con que has sufrido!

MAR. Pero estais fatigado, pálido; este viaje debe haberos molestado mucho!...

JEAN. No hablemos de eso; no es justo que entristezcamos á la señora Condesa.

CON. (*tendiéndole la mano.*) Gracias, Jeannic! Creeis que no he padecido durante vuestro fatal viaje!

JEAN. Sé cuanto habeis hecho por mi, señora, y mi reconocimiento será eterno!

CRIADO. (*entrando.*) Los convidados empiezan á llegar.

CON. Hacedlos entrar en el salon grande; voy á concluir mi tocador. Perdonadme, Jeannic, si os arrebato á Maria... debe hacer los honores en mi nombre. (*sale.*)

JEAN. (*tristemente.*) Con que me dejas? Adios, hasta mañana!

MAR. Mañana! Y no os veré esta noche? Escuchadme, padre mio; entrad en mi cuarto, y asi que encuentre una ocasion, me escaparé, y volveré á abrazaros.

JEAN. Hija querida!

MAR. Hasta luego, padre mio! (*hace entrar en su cuarto á Jeannic.*)

ESCENA IV.

MARIA, DE HORIAC.

MAR. Qué dichosa soy! No ha dicho nada de nuestra vuelta á la Bretaña!

HOR. Lindísima jóven, permitidme que os rinda mis elogios por vuestro tocado. Estais encantadora!.. Sumamente encantadora.

MAR. No es el traje el que me hace bella, sino la dicha de haber vuelto á ver á mi padre. Con vuestro permiso, voy á hacer los honores en el salon.

HOR. A vuestros pies.

ESCENA V.

DE HORIAC; *despues* FABIAN.

HOR. Con que el buen hombre está de vuelta! Diablo! Si no hacemos porque se vuelva á su pais, nos vá á echar á perder todos los negocios.

FAB. (*entra mirando á su alrededor.*) Me alegro encontraros solo; quiero hablaros!

HOR. A mi, caballero? (No, pues lo que es yo, no me bato.)

FAB. Si, á vos; cuando entré en mi casa, encontré á un amigo que me esperaba para decirme que hoy ha salido en vuestro periódico, el que comunmente no leo, un artículo que me concierne.

HOR. Es muy posible! Todos los dias entramos en polémica, y como ocupais un puesto tan alto en la prensa, que vuestro nombre no se puede confundir jamás con los de los otros correlijionarios, bajo la pluma de los redactores...

FAB. Si, pero este artículo es un libelo, porque ataca con acritud mi honor y mis principios.

Hor. He leido el número de hoy muy superficialmente, é ignoro si hay algo parecido á eso.

Fab. Muy bien! Pero como esta aqui, podreis decirme, si me se insulta, á quién debo pedir una reparacion?..

Hor. Eso es muy sencillo! Al que lo haya escrito.

Fab. Ya lo sé!.. Mas como ordinariamente no se firman los artículos, y todos los dias se calumnia á mansalva bajo el incógnito, lo que yo quiero que me digais es, cuál es la persona que responderá del escritó anónimo?...

Hor. Tampoco ignorais, que el editor es quien responde de todo, y por todo.

Fab. Algun desgraciado, á quien se dan mil reales por cada mes de prision, y quinientos por cada latigazo que reciba!

Hor. Estais en un error, caballero; nuestro editor, es un hombre capaz de responder á toda provocacion que se le haga, y si me permitis que os dé un aviso, os aconsejaria que no os vieseis con él.

Fab. Será algun espadachin, algun maestro de armas retirado, ó un preboste á medio sueldo? Pues bien, me alegro ahora mas; esto era todo lo que queria saber! Gracias por vuestras noticias! (*los dos se saludan; de Horiac sale.*)

ESCENA VI.

Fabian, *solo y viendo alejarse á* **de Horiac.**

Fab. Miserable especie, que semejante á las arpias, mancha y envilece cuanto toca!... Serpiente insaciable, que muerde mortalmente, y se esconde despues. Oh! bien te reconozco! (*saca un periódico y empieza á leer.*) Inglaterra... Lóndres...— No es esto.— «Armadas de Oriente...» El General Bonaparte... Tampoco es esto!— «El Diario de la Nacion, decia ayer.»— Esto es sin duda!... He aqui mi nombre! (*leyendo.*) «Por fortuna este artículo es del ciudadano Fabian!.. Todo el mundo sabe, que este jóven profesa los principios de la mas austera integridad, siendo menos severo para el resto de su familia. Su madre, por ejemplo, disfruta una pension del Gobierno.»— Mi madre! Un ataque á mi madre! Pretenden ignorar que viuda de un coronel, muerto sobre el campo de batalla, compró su marido esa pension con el precio de su sangre?... Oh! (*leyendo.*) «Su madre, por ejemplo, disfruta una pension del gobierno, y su hermana, gracias á una temprana viudez, goza las riquezas de un escandaloso maridage.»— Oh! esto es espantoso! Mi madre! Mi hermana! No pueden decir nada contra mi, y dirijen sus insultos contra dos mujeres! Miserables! Yo sabré quien ha escrito estas lineas, y cualquiera que sea, me responderá con toda su sangre.

ESCENA VII.

Fabian, *el* **Conde**; *despues* **Jeannic** *y* **de Horiac.**

Conde. Vos aqui, Fabian! Qué haceis tan solo?

Fab. Qué hago? Os lo voy á decir, señor Conde! Estoy buscando al miserable que ha escrito estás líneas en vuestro periódico. Podeis decirme su nombre? Podeis revelarme dónde está?...

Conde. En mi periódico?.. Qué diablos estais hablando? Pues qué, tengo yo el oficio de periodista?

Fab. El periodismo no es nn oficio, señor Conde; el periodismo es una mision santa, cuando á su sombra se ejerce la regeneracion de los pueblos y de los hombres. Bien es verdad, que esta mision puede convertirse en la mas innoble de las profesiones, cuando se ejerce como la ejercen ciertos hombres que yo conozco, y que castigaré! Ademas, este asqueroso papel, está firmado por un nombre, y este nombre debe pertenecer á algun individuo de la redaccion. Pues bien, este Mauclerc; este miserable que os sirve de escudo, sé que vive aqui! Señor Conde, decidme dónde está, porque si no accedeis á ello, con el periódico en la mano, preguntaré á todos vuestros compañeros, por el que lleva ese nombre maldito! Oh! señor Conde, dónde está Mauclerc? Dónde está Mauclerc?

Jean. (*descendiendo lentamente á la escena.*) Quién me llama? Qué se os ofrece, caballero?...

Fab. (*volviéndose.*) Os llamais por ventura, Mauclerc?

Jean. (*friamente.*) Asi es!

Fab. Y sois el editor responsable del periódico *La verdad*? De este periódico?... (*mostrándoselo.*)

Jean. El mismo.

Fab. Con que sois el que responde de los artículos que en él se escriben?

Jean. Hasta mañana, yo respondo.

Fab. Pues bien, vos sois un cobarde, un miserable! (*le tira el periódico á la cara.*)

Jean. (*dirigiéndose furioso á él.*) Dios mio! perdonadme si le mato! (*dá un bofeton á Fabian.*)

Conde. (*interponiéndose y retirando á Jeannic.*) Señores, qué es esto? De Horiac! De Horiac! (*de Horiac acude, y entre los dos contienen á Jeannic; durante este tiempo, Fabian se retira.*)

Fab. Mañana veremos, si teneis el corazon tan fuerte como la mano! A las ocho de la mañana estarán mis testigos en vuestra casa.

Jean. Que no se hagan esperar!...

Fab. Hasta mañana! (*sale.*)

Jean. Hasta mañana!— Sin duda es otra nueva infamia! (*elevando las manos.*) Hasta cuándo, Dios mio, consentireis estos crímenes! (*volviéndose de repente.*) Vosotros sois los únicos á quienes conozco aqui... Sed mis padrinos. (*saliendo por el fondo.*) Hasta mañana.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Habitacion de Mauclerc; puerta al foro, que dá á un corredor; otras laterales. A un lado una chimenea, sobre la que está colgada la carabina de Jeannic, el sombrero, chaqueta y demás prendas de los aldeanos de Bretaña.

ESCENA PRIMERA.

Jeannic.

Las siete! Falta aun una hora para que el conde y de Horiac vengan á buscarme, despues de arreglar el lance con los padrinos de mi contrario; esta es la costumbre, segun dicen ellos, y nosotros no tenemos que hacer mas que batirnos. Mejor! En esta hora podré ir á abrazar á Maria. (*llaman á la puerta de la izquierda.*) Quién?

ESCENA II.

Maria, *entreabriendo la puerta*; **Jeannic.**

Mar. Soy yo, padre mio.

Jean. Eres tú? Ven, ven!.. Y no me atrevia á ir á tu cuarto por no dispertarte!

Mar. No he dormido en toda la noche. Me asusté tanto cuando fui á buscaros á mi cuarto y no os encontré!.. Me dijeron que os habiais retirado á descansar; pero el tono con que pronunciaron estas palabras, me hizo desconfiar. Os he incomodado en algo?

JEAN. Tú, hija mia!

MAR. He venido á preguntároslo.

JEAN. (*sentándose y llevando á Maria á su lado.*) No, Maria! Yo soy el que padece, porque quizás en nombre tuyo he contraido compromisos que te dañan.

MAR. Padre mio!

JEAN. Oyeme. Te he preguntado muchas veces la causa de tu tristeza, y tú, nada me has contado; he creido que tal vez proviene de otra razon que tu partida á Bretaña; la señora condesa me habló hace pocos dias de cierto casamiento...

MAR. Venia, mediante vuestra bondad, á descubriros un secreto, que si no me hubiéseis animado, me llevaria otra vez oculto. Ah!.. Padre mio, perdonadme!.. (*se arrodilla.*)

JEAN. Qué haces!... Levántate!... Ese secreto no debe revelarse de rodillas!.. Te conozco demasiado!..

MAR. Si, si, padre mio!.. (*levantándose.*) Es un secreto que puedo deciros con la frente serena, porque es un amor que me envanece!

JEAN. Un amor!... Con que tú amas, sabiendo el juramento que nos liga?

MAR. Mi prometido renuncia á mi mano, y os devuelve la palabra! Ya somos libres! (*Jeannic se levanta y Maria se arrodilla de nuevo.*) Sois libre, padre mio, de dar la vida ó la muerte á vuestra hija!

JEAN. Y cómo sabes?...

MAR. El señor Rector ha escrito en su nombre, y él ha firmado la carta.

JEAN. Y dónde está esa carta?

MAR. En poder del que no tardará en echarse á vuestros pies, para deciros que me ama, y que moriremos los dos, sino nos bendecis... Oh!.. Nunca os hubiera hablado, si el juramento no se hubiese roto!

JEAN. Y quién es ese jóven?

MAR. Un primo de la condesa, de quien habreis oido hablar mucho... Fabian.

JEAN. Si... recuerdo... lo elogian mucho!.. (Gracias, Dios mio!.. Si muero, dejo feliz á mi hija!) Y va á venir?...

MAR. Si, vais á verle, á no ser que alguna ocupacion se lo impida; anoche debió ir al baile, y faltó...

JEAN. Y á qué hora vendrá?

MAR. Como no le vi anoche, no sé...

JEAN. Es que á las ocho tengo que salir.

MAR. Pues voy al cuarto de la señora condesa; ella sabrá tal vez... Volveré al momento.

JEAN. Espera; en un periódico de ayer dicen que viene un artículo ofensivo á una persona; quiero me leas ese artículo, para juzgar yo mismo de la gravedad de la ofensa.

MAR. Peligrará acaso vuestra vida?

JEAN. No, no, hija mia.

MAR. De veras?

JEAN. Te lo aseguro.

MAR. Y dónde está ese periódico?

JEAN. Voy á buscarlo.

MAR. Padre mio!..

JEAN. Aun estás turbada... Me has ocultado algo?

MAR. Si... Fabian es de una opinion contraria á la vuestra... Fabian es republicano y...

JEAN. Yo he aprendido, hija mia, á estimar á los hombres honrados, cualquiera que sean sus opiniones, y á despreciar á los apóstatas é intrigantes, aun cuando sean mis correligionarios. Fabian es honrado... no me importa lo demás!

MAR. Bien dije yo que érais el hombre mas noble del mundo!

JEAN. Espérame un momento. (*sale por el fondo.*)

ESCENA III.

MARIA.

Qué dicha!.. Dónde estará Fabian? Si tuviera tiempo de ver á la condesa y volver..... Si..... tiempo tengo. (*abren la puerta.*) Ah!.. Fabian!.. Dios le envia!..

ESCENA IV.

MARIA, FABIAN.

FAB. Te estaba buscando, Maria...

MAR. Como faltaste anoche á tu palabra!.. Tú no me amas, y merecias que te ocultase nuestra felicidad.... Mi padre lo sabe todo, y consiente en nuestra union!..

FAB. Dios mio!..

MAR. Mi padre te aprecia, porque eres honrado.

FAB. Me haces feliz para correr á la muerte!

MAR. Qué dices? Qué presentimientos son esos? Dudas de Dios cuando nos calma de dichas?

FAB. Maria, la felicidad á veces se escapa cuando la tocamos! Si me sucediera una de esas desgracias imprevistas... del momento?..

MAR. Me horrorizas!.. Qué ha sucedido?.. En nombre de Dios, qué ha sucedido?

FAB. Nada, nada... sino que pidas á Dios que no nos separe!...

MAR. Separarnos!.. Quién ha de poder separarnos en el mundo?...

FAB. (*abrazándola.*) Maria!..

MAR. Separarnos!.. Nunca!.. Nunca!..

ESCENA V.

Dichos, JEANNIC.

JEAN. Qué veo!.. Mi hija... en brazos de ese hombre!.. (*la arranca de los brazos de Fabian.*)

FAB. Maria!.. Ese hombre es tu padre?

MAR. (*asombrada.*) Este es Fabian, padre mio; Fabian, este es mi padre!

FAB. Maria, este hombre me ha inferido un insulto horroroso, y voy á batirme con él!

JEAN. Maria, ese hombre ha manchado mi rostro, y es preciso que lo mate.

MAR. (*cayendo de rodillas.*) Dios mio!

JEAN. (*dejándose caer en un silla.*) Maldicion sobre los que me roban hasta la felicidad de mi hija!

FAB. Maria, todo acabó!..

MAR. (*de rodillas, tendiendo los brazos hácia los dos, alternativamente.*) Escuchadme!.. Escuchad á vuestra hija! Yo soy el ángel de paz que os reconcilia!

FAB. Nunca!

JEAN. Silencio, Maria!

MAR. (*abrazando sus rodillas.*) Padre mio... no por mi... mi felicidad no es nada al lado de vuestra vida! Morir el uno por el hierro del otro! Oh!.. Qué horror!..

JEAN. (*á Fabian.*) Caballero, vuestra presencia en este sitio...

FAB. Si, me ausento...

MAR. No .... no..... todo acabó para nosotros, pero acuérdate de que es mi padre!

FAB. Maria, mientras que Mauclerc no insultó mas que á mugeres, no arriesgó otra cosa que su prision; pero desde que tuvo la impudencia de insultar á un hombre, arriesgó la vida.

MAR. Pero cómo mi padre puede haberte insultado?.. Qué motivo?.. Oh! me volveis loca!.. Hace un momento que te estaba alabando...

Fab. Si, ya sé que tu padre es hombre de muchas caras; ya sé que hay en él dos hombres distintos; Jeannic el insurgente, á quien admiro, y Mauclerc, á quien desprecio!
Mar. Callad! Callad!..
Jean. Cómo es eso? Hablad!.. Creo empezar á entender...
Fab. Empezais á entender vuestra infamia? Solo una accion tan vil puede escusar lo que hago. Oid, Maria..
Jean. No... no... toma, Maria... léeme el artículo de que el señor se queja; léemelo en alta voz!
Fab. Para repetir el insulto?
Jean. No; quiero conocer ese artículo, puesto que voy á responder de él.
Fab. (*indicándoselo á Maria.*) Ahi... ahi está... leed!
Mar. (*leyendo conmovida.*) «Por fortuna este artículo es del ciudadano Fabian! Todo el mundo sabe que este jóven profesaba los principios de la mas austera integridad, siendo menos severo para el resto de su familia. Su madre, por ejemplo, disfruta una pension del gobierno; y su hermana, gracias á una temprana viudez, goza las riquezas de un escandaloso maridaje.»
Jean. Eso dice?
Mar. Si.
Jean. Y está firmado por mi?
Mar. Al pié del periódico está el nombre de Mauclerc.
Jean. Decidme, caballero, y no os estrañe mi pregunta; qué motivos creeis que tenga ese periódico para insultaros?
Fab. Qué motivos?
Jean. (*acercándose á él.*) Si, responded!
Mar. Padre!
Jean. Déjame... No ves que estoy tranquilo!
Fab. Los motivos son, que se ha vendido al Directorio, y ahora insulta cobardemente, por cuenta de sus patronos, á los que hacen una guerra noble y franca.
Jean. El periódico que yo firmo, se ha vendido?
Fab. Lo ignorabais?
Jean. Creed que lo ignoro.
Mar. Fabian, todo se aclara.
Jean. Hablad! Hablad!..
Fab. (*dudoso.*) Con que ignorabais que el Directorio ha comprado el periódico? Que la embajada del Conde es el precio de la venta? Que de Horiac ha recibido cien mil francos, y que si vos habeis salido de la prision, es sin duda porque entraba vuestra libertad en el ajuste?
Mar. Prision!.. Habeis estado preso?
Jean. Si!
Mar. Dios mio!
Jean. Si, y esa es la menor deshonra!.. Pero yo las lavaré todas de una vez!.. Caballero, teniais razon; el insulto ha sido infame y cobarde! Teniais razon en daros por ofendido; teniais razon para tomar la venganza que habeis tomado!
Fab. Qué estais diciendo?
Jean. Digo, que en vuestro lugar hubiera yo hecho lo mismo; digo, que he parecido muy infame; y que lo he sido, porque he sancionado con mi firma semejantes vilezas. Digo, en fin, que el Insurgente os pide perdon en nombre de Mauclerc.
Fab. No os comprendo.
Jean. Y ved que esto no es miedo; todos me conocen, y saben que nunca he tenido esa baja pasion... con todo... lo repito... os pido perdon!
Fab. Caballero!
Jean. Maria... ya lo ves; nada malo puede suceder entre este caballero y yo... vete á tu cuarto... Fabian irá á buscarte.
Mar. Me prometeis?..
Jean. Hacedme el honor de darme la mano, para convencer á Maria. (*se la dá.*)
Mar. Qué felicidad! (*vase.*)

ESCENA VI.

Jeannic, Fabian.

Fab. Esplicadme, ya que estamos solos...
Jean. Si... la esplicacion que voy á daros, será clara, terminante, solemne!.. Solo os exijo este acto de condescendencia... (*oyendo que viene gente.*) Ellos son... Entrad en este gabinete, y no perdais una palabra de lo que se va á hablar aquí!
Fab. Obedezco, porque sospecho que he sido injusto con vos, y debo satisfaceros.
Jean. Os conozco, Fabian; ahora me conocereis vos á mi. (*Fabian entra en el gabinete; Jeannic mira el reloj y abre la puerta lateral.*) Entrad, señores! Os estaba esperando.

ESCENA VII.

Jeannic, *el* **Conde, De Horiac, Fabian,** *oculto.*

Conde. (*viendo que Jeannic echa la llave.*) Qué haceis, Jeannic?
Jean. Nada, señor conde; asegurarme de que no vendrán á interrumpirnos...
Conde. Acabamos de hablar con los padrinos de vuestro adversario...
Hor. (*poniendo sobre la mesa dos pistolas y dos espadas.*) Y todo está arreglado con ventaja vuestra. El duelo se verificará dentro de una hora en el bosque de Vincennes, teniendo vos la eleccion de armas. Asi, pues, perded el temor, que con vuestro valor, vuestra serenidad y mis lecciones, Fabian es hombre muerto.
Jean. Con que se llama Fabian mi adversario? Señor Conde, ese jóven no es algo pariente vuestro?
Conde. Si, de mi muger; pero no he podido evitar el duelo... los otros padrinos no cedian, si vos no dabais escusas...
Hor. Escusas, cuando se le dió una bofetada?
Jean. Sin embargo, creo que andais algo escrupuloso con respecto á mi honor. Me parece que el que falta primero, debe dar escusas, aunque yo, pobre aldeano, no entiendo las reglas de la sociedad, tal como la habeis establecido.
Hor. Qué es eso?.. Os habeis acobardado?
Jean. No, sino que he reflexionado, que el desafio es mal medio de vengar el honor.
Hor. Pero hay cosas en que no se encuentra otro. Cuando las leyes no bastan, es preciso que nosotros nos suplamos.
Jean. Lo creeis asi?
Hor. Seguramente.
Jean. Oh!.. sabeis mas que yo; con todo, se me figura, que es muy terrible jugar con la vida de un hombre, porque yo, con mi valor, mi serenidad y mi destreza, estoy seguro de matarlo.
Hor. Tanto mejor!
Jean. Y no creeis que eso se parezca á un asesinato?
Hor. Qué preocupaciones teneis? Haciais esas reflexiones en Bretaña, á cada tiro que disparabais contra las tropas de la república?
Jean. No cabe comparacion en eso; me batia por conviccion, porque creia que mi patria estaba interesada en aquella lucha. No conocia entonces á los hombres; tenia fé en ellos; no sabia que sus palabras eran solo ruido; sus juramentos pura fórmula, y sus conciencias

la máscara con que cubrian sus intereses. Y además, por lo mismo que lo he esperimentado, se me figura que en semejante caso, puedo ser menos escrupuloso que otro, y perdonar la vida del hombre que tengo entre mis manos.

Conde. Teneis un corazon muy noble, Jeannic!

Hor. Si, pero con ese corazon, no podrá presentarse en ninguna parte, porque todos le señalarán diciendo: «ese ha tenido miedo.»

Jean. Os engañais; allí donde digan: «ese es Jeannic, que en la guerra de Bretaña hizo frente á las mejores tropas de la república, á las mejores tropas del mundo, y no tuvo miedo!.. Ese es Jeannic, que en una borrasca, cuando nadie se atrevia á socorrer á los náufragos, se arrojó en una barca, luchando con los vientos y con las olas, y no tuvo miedo! Ese es Jeannic, que en un incendio, y cuando se desplomaban las vigas inflamadas, se arrojó á las llamas, y salvó á una criatura que sus padres lloraban por muerta, y no tuvo miedo!..» Donde digan esto, no podrán decir: «Jeannic se puso delante de un hombre á quien estaba seguro de matar, y Jeannic tuvo miedo!

Hor. No obstante, lo dirán, porque habeis recibido uno de esos insultos, que á los ojos del mundo no se lavan sino con sangre.

Jean. Teneis razon! He recibido un insulto infame, abominable!.. Insulto, que apenas bastará á lavar toda la sangre del que me le ha hecho! Teneis razon; he sido un necio, un cobarde en creer que podia perdonar á semejante hombre!.. (*arrojándose sobre una espada.*) En guardia, caballero, en guardia!

Hor. Cómo!.. Os dirigis á mí!

Jean. Y á quién quereis que me dirija? Quién fué á buscarme al fondo de la Bretaña? Quién le inspiró al Conde la fatal idea de esponer su honor y sus intereses en esa especulacion? Quién ha hecho el ajuste? Quién hizo la venta? Quién ha traficado, no con su honor, que no le tenia, sino con el mio? Quién comprometió mi libertad, primero con una calumnia, y despues con otra mi vida? Quién es, en fin, el autor de la injuria? Quién el que me ha afrentado? Vos, y solo vos, y nadie mas que vos! Y en atencion, como vos mismo habeis dicho, á que soy el insultado, y tengo la eleccion, elijo la espada! En guardia!.. Defendeos!.. Veamos, señor maestro, si he aprovechado vuestras lecciones!

Conde. Pero qué haceis? Aquí, en este cuarto?..

Jean. Señor Conde, dad gracias á que un ángel se interpone entre nosotros... Permaneced inmóvil... simple testigo... sin dar un paso!.. Caballero, en guardia!

Hor. No tenemos mas que un testigo, y el duelo asi es imposible! Todo duelo sin dos testigos, es reputado por asesinato.

Jean. Teneis razon! (*abriendo la puerta del gabinete.*) Salid, Fabian.

Fab. (*saliendo.*) Padre mio!..

Conde. *y* **Hor.** Fabian!

Jean. Este es mi testigo! . En guardia!.. En guardia, si no quereis que os obefetee con mi espada!..

Hor. Puesto que os empeñais...

Jean. Qué trabajo cuesta decidiros!.. (*la lucha dura unos segundos; de Horiac cae herido mortalmente.*)

Hor. Ah!

Jean. Dios es justo! Señores, he obrado con legalidad?

Fab. Si, si!

Jean. Basta! (*tira una campanilla, y da al Conde la llave.*) Tomad, y que se lo lleven...

(**Durante estas palabras, que dice Jeannic, el Conde y Fabian sostienen á de Horiac; dos criados aparecen en el fondo y se lo llevan: el Conde sale; Jeannic mira su espada que aun tiene en la mano, y al verla con sangre la envaina conmovido. Un momento queda absorto; Fabian se aproxima y le toma la mano.**)

ESCENA VIII.

Jeannic, Fabian.

Jean. No es esto lo que debia hacer?

Fab. Si!

Jean. Habia echado una mancha sobre mi nombre; á los ojos del mundo, esta mancha está lavada!.. Fabian, tú me habias pedido á mi hija?.. Mi hija es tuya! Sal en su busca, y deja que la abrace un instante!..

Fab. Padre mio!

Jean. Anda, vé presto!..

ESCENA IX.

Jeannic, *solo; despues* **Fabian** *y* **Maria.**

Jean. (*se quita rápidamente el trage, y se viste de breton; toma el sombrero, y se lo pone, y empuña la carabina.*) Este es el trage que no debí nunca abandonar!.. Dios mio! Apartad vuestros ojos de estos tres meses de mi vida!.

Mar. (*entrando.*) Padre mio!

Jean. Hija mia!.. (*se abrazan.*)

Mar. (*viendo su trage.*) Qué veo!.. Nos abandonais?

Jean. Me vuelvo á mi Bretaña... al pais de donde nunca debí salir... Salgo dichoso, porque te dejo feliz!..

Mar. Lejos de vos!

Jean. Dios ha dicho á la muger: «Dejarás á tus padres para seguir á tu esposo!» Fabian, condúcela á los brazos de tu madre. Esa es la muger que confio á tu lealtad!

Fab. Vivid tranquilo, padre mio!

Jean. Y si alguna vez las revoluciones te proscriben; si algun peligro amenaza tu cabeza, cualquiera que sea el partido á que pertenezcas, no olvides que te resta un asilo inviolable, bajo el techo de Jeannic el Insurgente!

FIN DEL DRAMA.

MADRID, 1859.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, núm. 13.